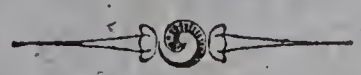
BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE MADRID.



s comedia ha sido presentada á la *Junta de cen-*
ra de los teatros del Reino, la que se ha dignado
ncederle su aprobacion para su representacion,
nto en Madrid, como en los demas teatros de la
nínsula y Ultramar.

MADRID.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, n. 13.

1852.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
2465

EL USURERO.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elusurerodramaen00unse

EL USURERO.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

Calle de S. Vicente alta, núm. 52.

722223

PERSONAS.

CARLOTA, hermana de Teodoro.
BEATRIZ, mujer de Luis.
SIMON ROBIRA, usurero.
LUIS, su hermano, labrador.
TEODORO, contramaestre de un buque de guerra.
LEON, hijo de Luís.
EL VIZCONDE.
BLAS, boyero.
JUAN, pescador.
UN CERRAJERO.
UN TRABAJADOR.
UN LABRADOR.
Trabajadores, mozos de labranza, y aldeanos, aldeanas y niños.

La escena pasa en las inmediaciones de la Algaba, pueblo situado en la orilla del Guadalquivir y cercano á Sevilla. Año de 1854.

ACTO PRIMERO.

EL CORTIJO DEL VALLE.

Patio del cortijo. A la derecha, establos y cuadras. A la izquierda, habitaciones; puerta para entrar á ellas en primer término; más allá una ventana, cuyos postigos están entreabiertos, y entre la puerta y la ventana un banco de piedra, en el que se vé una canasta con fruta. En el fondo, una tapia, y en medio de ella una puerta grande, por la que se descubre una campiña, atravesada por el Guadalquivir.

ESCENA PRIMERA.

BLAS.—Luego JUAN.

(Al levantarse el telon sale Blas de un establo con una horquilla en la mano.)

BLAS.

Bueno!... ya he dado pienso á mis bueyes, y puedo ocuparme de mi mismo.

JUAN. (En la puerta del fondo.)

Buenas tardes, Blas.

BLAS. (Volviéndose.)

Hola!... es Juan, el pescador.

JUAN. (Adelantándose.)

No está el señor Simon?

BLAS.

No. Se halla en la corta con el señor Luis, su hermano, que tiene trabajadores en el dique; pero hay gente en el cortijo: la señora Beatriz y Carlota estan ahí.

JUAN.

Con quien tengo que hablar es con el señor Simon. Volveré. Hasta la vista, Blas.

BLAS.

Hasta la vista.

(Vase Juan por el fondo.)

Otro, que busca al señor Simon, y que no quiere hablar sinó con él!... Qué comercio traerá ese viejo?... (Viendo á Carlota, que sale por el fondo, viniendo de la izquierda.) Calla!... estaba usted fuera, Carlota?... Pues yo creia que estaba usted en...

ESCENA II.

BLAS.—CARLOTA.

CARLOTA. (Dirigiéndose al banco y arreglando la fruta de la canasta.) Buenas tardes, Blas.

BLAS.

Buenas tardes.

CARLOTA. (Turbada.)

Vengo...

BLAS.

De dar un paseo?.. Pues á fe mia que el tiempo no convida... Hace ocho dias que no cesa de llover... y es milagro que ahora ha escampado, por un momento sin duda... así es, que se ha puesto malísimo el camino de aquí á la Algaba.

CARLOTA.

A la Algaba...

BLAS.

Lo sé muy bien, porque casi siempre llevo á pacer los bueyes por ese lado... por cierto que no hace muchos dias que la ví á usted ir po él cuando estaba amaneciendo, y cuando todos creerian en el cortijo que se hallaba usted aun en la cama.

CARLOTA.

Pues hágame usted el favor de no decírselo á nadie, Blas.

BLAS.

Qué mal hay en ello?... Tiene usted gente conocida en la Algaba... Por la primavera pasó usted allí más de tres semanas, y parece que no le fué á usted mal; porque se marchó usted malucha y muy pálida, y volvió usted tan fresca como una rosa. En qué la ocupó á usted todo ese tiempo la tia Micaela?... Y lo más raro era que no dejaba que nadie la viese á usted.

CARLOTA.

Tuve que hacer para ella una obra de costura muy larga y muy urgente, y aun ahora coso para la misma, haciéndolo de noche y privándome de dormir. Puede ser que la señora Beatriz llevase á mal estas veladas, si las supiese, y por eso le suplico á usted...

BLAS.

Pues no hay cuidado, que nada diré.

CARLOTA. (Aparte.)

Mentir! mentir siempre!...

BLAS.

Pero, si bien se mira, usted es muy dueña de sus acciones. Desde hace dos años, cuando ardió su casa de usted y mis amos la recogieron en el cortijo, ha trabajado usted por su gusto, sin que ellos se lo manden, y gana usted más que ganado el pan que se come... como que á estas horas nada iria bien sin usted en la casa... Ya se vé, los amos no tienen hijo ninguno, y á no ser por usted y Leon, su sobrino, no habria aquí alegría, porque la juventud la trae consigo... Que lo diga, sinó, la hacienda de las Torrecillas, donde ahora no hay más amo que el Vizconde, pues su padre, el Conde, está de capitan general en Puerto-Rico. Todo se vuelve fiestas, bailes y comidas... Ya, ya sabe vivir el tal Vizcondesito!... Aunque hace algunos meses que están por allí más en calma. Si la cosa hubiera seguido de la manera que iba, creo que se encuentra el general á su vuelta con que el hijo se ha comido la hacienda.

CARLOTA.

Qué nos importan sus negocios?...

BLAS. (Con intencion.)

Mucho le gustan al Vizconde las chicas guapas... No es verdad, Carlota?

CARLOTA

Qué sé yo?

BLAS.

Vaya si lo sabe usted!... El otro dia le sorprendí echándole á usted chicoleos.

CARLOTA.

Vamos, Blas: en lugar de mezclarse usted en lo que no le va, ni le viene, ayúdeme usted á entrar esta canasta.

BLAS. (Agarrando la canasta.)

Sí, sí... el hablar no quita el trabajar, y aunque yo no puedo estarme callado...

CARLOTA. (Mirando por la puerta del fondo.)

Vamos pronto, que se acercan el señor Luis y su hermano.

BLAS.

El señor Luis!... Pues al avío, porque aunque es un buen amo, para tenerle contento es preciso andar sobre un pie, como las grullas.

(Vase con Carlota por la puerta de la izquierda, llevándose entre los dos la canasta.)

ESCENA III.

LUIS.—SIMON.

(Salen por el fondo, viniendo de la derecha.)

SIMON. (Al salir.)

Sí, hermano, sí: haces una simpleza.

LUIS.

Cuando te digo que el rio está subiendo hace tres dias...

SIMON.

Sube como todos los años por ahora, y como todos los años se detendrá en este de 1854.

LUIS.

Todos los años no. El Guadalquivir no necesita sino una noche, una hora, para hacer una de las suyas: le conozco muy

bien, y quiero tomar mis precauciones. Acuérdate de 1822, y sobre todo de 1796.

SIMON.

Siempre me citas esos dos años!

LUIS.

Es que me han dejado recuerdos muy tristes. En 1822 me hizo perder la inundacion toda la cosecha y la mitad del ganado, y la de fines del siglo anterior arruinó completamente á nuestro padre. Tú tenias entonces dos años, yo estaba mamando, y si vivimos, fué porque nuestra virtuosa madre nos cogió á los dos en brazos y huyó con nosotros al cerro de los Morales, único sitio de todos estos contornos, que no habia invadido el agua.

SIMON.

Mucho dinero se perdió entonces; pero despues se han hecho grandes obras.....

LUIS.

Que no bastan á tranquilizarme, y para mayor seguridad hago elevar y reforzar el dique, que costea mis tierras por el lado del rio. A fin de que el trabajo avance más, he enviado á tu hijo Leon á Sevilla, para que me traiga jornaleros, pues no hay desocupados en la Algaba tantos como necesito. Voy á gastar diez ó doce mil reales; pero conservaré mi cortijo, mi ganado, mis cosechas..... en fin, el pedazo de pan que poseo.

SIMON.

Diez ó doce mil reales!.... Es decir que vás á regalárselos al rio..... Estás loco!.... Cuánto más te valdria darlos á réditos!

LUIS.

A réditos?

SIMON.

Sí. Yo te los pondria donde te produjeran bastante, y no te costaria más que una comision pequeña.

LUIS.

Y en qué mejor puede un labrador emplear su dinero, que en echárselo á su hacienda?

SIMON.

Labrador!.... buen oficio!.... Sembrais para las heladas, las pedriscas, ó el recaudador de contribuciones..... Empleado en tierras, el dinero no produce ni el dos por ciento, y trabajais como negros..... Si lograis reunir unos pocos duros, al punto

agrandais vuestra propiedad, con lo que no haceis otra cosa que aumentar los riesgos y los cuidados..... Luego viene una calamidad, como es un incendio, ó una inundacion, y acabais por dejar á vuestros hijos lo que vuestro padre os ha dejado: unos cuantos terrones, que no valen cuatro cuartos.

LUIS.

Este cortijo vale hoy veinte mil duros, como un ochavo, si bien es cierto que mi mujer y yo no nos hemos llevado vida de príncipes. Qué seria de la nacion, si los labradores, como yo, fuesen reemplazados todos por usureros..... como algunos que conozco?.... Si en lugar de hacer que produzca la tierra, no se pensase sino en hacer que produzca el dinero?.... Los ricos tendrian oro; pero los pobres no tendrian pan. Hermano, Dios le dá á cada hombre su tarea en la tierra, y proteje á la España, puesto que al lado de los holgazanes, que se la comen, ha puesto á los trabajadores, que la alimentan.

SIMON.

Qué me quieres decir con eso?.... Me echas en cara el alimento y la habitacion, que me das en tu casa?

LUIS.

Yo!...

SIMON.

Si no aro, ni llevo á pacer tu rebaño, mi hijo Leon te paga más que suficientemente tu hospitalidad, pues apesar de la brillante educacion que le he dado, se ocupa aquí en ser tu mayordomo.

LUIS.

Hablas con injusticia, Simon. Cuando al quedarte viudo, dejaste á Sevilla y te viniste con Leon al cortijo, qué es lo que te dijimos, tanto Beatriz como yo? «Hermano, estás en tu casa.» Te pedimos otra cosa que cariño?.. nos informamos, ni indirectamente, de si eras rico ó pobre?.. Dices que Leon trabaja, y para él hace, porque no teniendo hijos nosotros, todo lo que poseemos será suyo, con tanto más motivo, cuanto que le amamos como si nos debiese la vida. Es verdad que nos lo paga, y no duda de nosotros, como tú.

SIMON.

Maldita la merced que le haces á mi hijo con dejarle tus bienes, porque no tienes más parientes que nosotros, y á no ser

que elijas para heredera á esa muchacha, á esa Carlota, á quien proteje tu mujer .. á esa mendiga, que se ignora de donde ha salido...

LUIS.

Bien sabes que es una pobre huérfana, á quien el fuego dejó sin asilo.

SIMON.

Pues á esa gente se la socorre y se la despide.

LUIS.

No tal: se la dá trabajo y se la conserva.

SIMON.

Qué harás con esa chica?

LUIS.

La casaré.

SIMON.

Bravo!.. y le darás dote, no es verdad? perjudicando á los tuyos, para favorecer á una extraña.

LUIS. (Mirando á dentro.)

Calla, Simon, calla, que viene mi mujer, y no ha de tener la paciencia que yo, para escuchar tus palabras.

ESCENA IV.

DICHOS.—BEATRIZ.—BLAS.—Despues CARLOTA.—Luego LEON y varios trabajadores.

BEATRIZ. (A Blas, al salir por la izquierda.)

Eres un perezoso: te mandé que fueses á buscar al cerragero, para que compusiese esa ventana, que no puede cerrarse... Vamos, vé corriendo, y no vuelvas sin él.

BLAS.

Voy volando, señora Beatriz, voy volando. (Vase corriendo por el fondo, á la izquierda.)

BEATRIZ.

No quiero que Simon viva asustado, temiendo que le roben á él y á sus muebles viejos.

SIMON. (Señalando á la ventana.)

Como que por ahí pueden entrar en la cocina, y desde ella pa-

sar á mi cuarto. Hermana, no ha de gustarme perder lo poco que poseo.

BEATRIZ.

Ahora, á Dios gracias, no se habla de ladrones en la comarca; pero se compondrá la ventana hoy, y esta noche podrás dormir tranquilo.

CARLOTA. (Saliendo por la izquierda.)

Señora Beatriz!.. señora Beatriz!..

BEATRIZ.

Qué sucede?

CARLOTA.

Leon... (Conteniéndose.) El señor Leon vuelve.

SIMON.

Vaya una gran noticia!... no parece sino que regresa de Filipinas, cuando ayer se fué á Sevilla!

BEATRIZ.

Como ella y Leon se quieren tanto, se alegra de verle de vuelta.

SIMON. (Aparte.)

Pues maldita la gracia que me hace ese cariño... Yo sabré poner remedio.

LUIS. (Que se ha asomado con Carlota á la puerta del fondo.)

Leon llega bien acompañado. Vamos, Beatriz, saca un jarro de vino, para que beba esa gente.

(Beatriz entra en las habitaciones.)

LEON. (Saliendo con los trabajadores por el fondo, viniendo de la izquierda.)

Buenas tardes, tio.

LUIS.

Buenas tardes, muchacho. No has tenido ningun mal tropiezo, ni á la ida, ni á la vuelta?

LEON.

No señor, y le traigo á usted el número de trabajadores que deseaba.

LUIS.

Me alegro mucho.

LEON. (Acercándose á Simon.)

Buenas tardes, padre. Me he acordado de usted en Sevilla, y le traigo rapé superior. (Le dá un bote.) No te he olvidado, Carlo-

ta.... (Viendo á Beatriz, que sale con un jarro de vino y vasos.) Ni tampoco á usted, tia. (Le dá un paquetito á cada una.)

SIMON.

Serán moños y cintajos..... Gastos tontos!.... Vas á ser tan disipador como tu tio Luis. (Oliendo el bote, que ha destapado, y aparte.) Excelente es el tabaco!

LUIS. (A los trabajadores.)

Hijos, se trata de un trabajo urgentísimo. Echad un trago, y en seguida pondremos manos á la obra, aprovechando lo que queda de dia, y volviendo á empezar mañana al apuntar el alba.

UN TRABAJADOR. (Dándole á Luis un vaso con vino, que le ha entregado Beatriz.)

Como usted disponga, señor Luis; pero beba usted primero.

LUIS. (Bebiendo.)

Con mucho gusto. A la salud de todos vosotros. (A Beatriz.) Que beban cuanto quieran.

(Beatriz reparte vino.)

SIMON. (Aparte.)

Qué nécio!.... A qué hacer ese gasto?.... Eso es tirar el dinero!

LUIS. (Mirando al trabajador.)

Yo te conozco: tú eres de la Algaba.

TRABAJADOR.

Si señor: hace ocho años que salí del pueblo, y no he vuelto hasta ahora. Como tenia los cascos algo alegres, me hice marinero, y acabo de tomar la licencia. Pero ya soy otro hombre: bien me han hecho sentar la cabeza en el bergantin de guerra Veloz!

LUIS.

Pues bebe otro trago, en celebridad de tu vuelta á la tierra.

(Toma un vaso de manos de Beatriz y se lo dá al trabajador, que bebe.)

CARLOTA. (Llevándose aparte al trabajador.)

Dice usted que ha servido en el bergantin Veloz?

TRABAJADOR.

Sí, prenda..... barco muy velero..... y hace algun tiempo de estacion en Puerto-Rico.

CARLOTA.

Pues ha debido usted conocer en ese buque á un tal Teodoro.

TRABAJADOR.

A Teodoro el contramaestre?.... Ya lo creo..... Muy buen mu-

chacho..... Cuando me dieron la absoluta, él tenia pedida licencia temporal.

CARLOTA. (Aparte.)

Dios mio!..... va á venir!.....

LUIS.

Ea! si habeis bebido todos, al dique.

BEATRIZ.

No vengas tarde, que te tendré dispuesta una buena cena.

LUIS.

Al anochecer estaré de vuelta. (A los trabajadores, yéndose.) Vamos.

CARLOTA. (Aparte á Leon.)

Es preciso que hablemos.

LEON. (Aparte á Carlota.)

Pues vuelvo al instante.

(Vanse todos por el fondo, á la derecha, menos Beatriz y Carlota, que entran en las habitaciones, y Simon, que se queda en la escena.)

ESCENA V.

SIMON.—Luego, JUAN.

SIMON.

Vaya un despilfarro!... Vaya un dineral, que vá á tirar al agua!... qué lástima!

JUAN. (Saliendo por el fondo.)

Señor Simon?...

SIMON. (Volviéndose.)

Quién es?

JUAN. (Con timidez.)

Soy yo.

SIMON.

Ya lo veo... Qué quieres?

JUAN.

Señor Simon, no se me habia olvidado que soy deudor de usted.

SIMON.

Por si acaso, he tenido cuidado de recordártelo.

JUAN.

Le debo á usted diez y ocho duros, incluyendo las ganancias.

SIMON.

Y me los traes?

JUAN.

Si señor.

SIMON.

Pues vengan.

JUAN. (Sacando dinero.)

Aquí están, señor Simon.

SIMON. (Alargando la mano.)

Vengan, digo.

JUAN.

Es que... me hacen tanta falta estos diez y ocho duros, señor Simon... porque mi lancha necesita compostura, y no muy pequeña.

SIMON.

Pues, qué le ha sucedido?

JUAN.

Caramba! qué quiere usted que le suceda?... La pobre es muy vieja... y ademas, el otro dia, cuando fui á sacar á un pobre viejo, que se habia caido al rio, tropezó con la esclusa del molino de Anselmo, y medio se deshizo.

SIMON.

Si no fueses un torpe...

JUAN.

Cómo ha de ser!... el mal está hecho, y si usted quisiese ayudarme á remediarlo, le viviria á usted siempre agradecido. Déjeme usted estos diez y ocho duros, y para la primavera le entregaré á usted veinte y cuatro.

SIMON.

No. El que se obliga á mucho, no cumple con nada. Esos diez y ochos duros me hacen falta, y como me los debes, los tomo y me los guardo. (Lo hace.)

(Leon se asoma á la puerta del fondo, viniendo de la derecha, y al ver á su padre, se retira por la izquierda del foro.)

JUAN.

Lo que usted quiera... Iré á Sevilla y empeñaré las alhajillas de mi pobre madre... Mucho siento tener que hacerlo... pero la lancha es antes que todo... como que sin ella no tiene pan mi familia. Quede usted con Dios, señor Simon. (Se dirige al fondo.)

SIMON.

Espera... quiero hacer algo por tí

JUAN. (Con alegría y volviendo.)

De verdad?

SIMON. (Dándole una tarjeta.)

Toma... ahí llevas las señas de don Pedro Lopez, en Sevilla, que te empeñará esas alhajas, de que has hablado. Díle que vás de mi parte. Nada te llevo por esto.

JUAN.

Muchas gracias, señor Simon. (Aparte, yéndose.) En qué se fundarán los que dicen que este hombre es rico? (Váse por el fondo.)

ESCENA VI.

SIMON, solo, haciendo sonar el dinero en el bolsillo.

No hay nada tan agradable como el sonido del dinero, á no ser la vista del oro. Pero esta cantidad es harto mezquina... la que sabré sacar al vizconde sí que va á regocijarme el alma... Vamos á guardar estas monedas, porque no soy tan nécio, que tenga mi caja en este cortijo abierta para todo el mundo, y siendo así que mi cuñada posee llaves dobles de todos los cuartos... No: en la antigua casa del guarda, que le he alquilado á mi hermano, en esa barraca ruinosa, en donde nadie vive, en donde nadie se detiene, he ocultado mis riquezas... y para alejar toda sospecha, ni aun he querido mandar que levanten la puerta, que está derribada. Es imposible que jamás se adivine que en medio de esos escombros abandonados existe... un tesoro!

ESCENA VII.

SIMON.—LEON.

LEON. (Saliendo por la izquierda del fondo.)

Padre, ahí hay un sujeto, que quiere hablar con usted.

SIMON.

Y qué sujeto es ese?

LEON.

No le conozco. Creo que viene de Sevilla. Le he dicho que en-

tre en el cortijo, y no ha querido. Le está esperando á usted en el nogal, para darle unos papeles, que le trae.

SIMON. (Aparte.)

Debe ser Lopez, el de Sevilla. (Alto.) Voy allá. (Aparte, viendo á Carlota, que sale de las habitaciones.) La chicuela se acerca. Será preciso vigilar á estos tortolitos. (Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

LEON.—CARLOTA.

LEON. (Corriendo á Carlota.)

Qué tienes, Carlota?... Estás pálida y agitada!

CARLOTA.

Leon!... mi hermano viene!

LEON.

Tu hermano!... Separada de él hace algunos años, te debe ser muy grato su regreso... No me has dicho que tiene un corazon excelente?

CARLOTA.

Cuando mi madre se quedó sin marido y yo sin padre, Teodoro fué quien nos sostuvo á las dos, y aunque estaba exento del servicio de las armas, por ser hijo de viuda, para proporcionarnos pan durante algun tiempo, se enganchó en la Marina. Le enviaron á Filipinas, y pasó un año tras otro sin que supiésemos de él, hasta que hace algunos meses escribió desde Puerto-Rico, á donde habia llegado con su bergantin y en donde iba este á estacionar. Como en mi hermano tenia á toda mi familia, debia comunicarle lo que le hubiera confiado á la que me dió la vida, si Dios me la hubiese conservado, y escribí á Teodoro, participándole la muerte de nuestra digna madre; el incendio, que me habia convertido en mendiga; los beneficios de que era deudora á tu familia; tu amor... participándole, en fin, Leon, nuestra falta y tu juramento de no tomar nunca por esposa sinó á la madre de tu hijo. A esta carta no ha respondido mi hermano... pero viene aquí... viene quizás á maldecirme!

LEON.

Maldecirte él!

CARLOTA.

Me dejó honrada y pura...

LEON.

Y te encontrará mujer mia. Lo que llamas nuestra falta, lo es mia únicamente, y ante la cuna de nuestro hijo he jurado repararla. Si te he rogado que ocultases á todos nuestro amor y sus consecuencias, es porque esperaba á ser dueño de mí mismo; porque sé que mi padre no ha de ver más que tu pobreza, y se negará á bendecir nuestra union; pero hoy precisamente llego á la mayor edad, y hace poco, al abrazar en la Algaba á mi estro tierno Eduardo, he renovado mi juramento. Mañana solicitaremos de rodillas el consentimiento de mi padre, y si se niega á darlo, si rechaza á nuestro hijo, le pediremos á Dios perdon por lo pasado, y su bendicion para el porvenir.

ESCENA IX.

DICHOS.—TEODORO.—BLAS.

BLAS. (En el fondo, viniendo de la izquierda.)

Por aquí, señor marino, por aqui. Ya está usted en el cortijo del Valle, propio del señor Luis Robira, y allí vé usted á Carlota.

CARLOTA.

Teodoro! hermano mio!.,. (Corre á él.)

TEODORO. (Abrazándola.)

Carlota!... hermana del alma!...

(Blas vuelve á irse, á una señal de Leon, por el fondo, á la derecha.)

CARLOTA.

Teodoro!...

TEODORO.

Oh! déjame mirarte... me parece que veo á nuestra amada madre... á nuestra madre, que te hubiera perdonado, como yo te perdono, Carlota.

CARLOTA. (Besándole las manos.)

Gracias, hermano, gracias!

TEODORO.

Sí, te perdono, pobre niña... Habrás adivinado por qué he pe-

dido licencia temporal; y he venido todo lo más pronto que me ha sido posible... La desgracia tan solo se ha cebado hasta ahora en nuestra familia, y viviente yo, no ha de acompañarla la deshonra. (Viendo á Leon, que se mantiene apartado.) Pero no estamos solos. Quién es ese jóven?

CARLOTA. (Bajando los ojos.)

Es él...

TEODORO.

Leon?

LEON. (Adelantándose y presentando la mano á Teodoro.)

Su hermano de usted.

TEODORO. (Sin tomar la mano de Leon.)

Le advierto á usted, señor mio, que no me engañará con palabras dulces y juramentos falsos.

LEON.

Dejemos las dudas, que ofenden, señor marino, y dejemos, sobre todo, las amenazas inútiles. Amo á Carlota, y Carlota será mi mujer. Solo le exijo á usted una espera de pocas horas... y esta noche se lo confesaré todo, en presencia de usted, á Luis Robira, el bienhechor de su hermana. Luis Robira es mi tio, me ama como á hijo, y él tampoco me consentiria cometer una infamia. Le hablará á mi padre, cuyo severo modo de pensar me infunde cuidado, vencerá tal vez su resistencia, y si nada consigue, sé cuál es mi deber, y le llenaré. Tome usted esta mano, Teodoro, que se la dá un hombre honrado.

(Se dan la mano.)

ESCENA X.

DICHOS.—BEATRIZ.

BEATRIZ. (Saliendo por la izquierda.)

Este cerrajero, que no viene!...

CARLOTA. (Corriendo á ella.)

Señora!...

BEATRIZ.

Qué tienes, muchacha?... Quién es ese jóven de tan buena presencia?

CARLOTA.

Teodoro... mi hermano.

BEATRIZ.

Tu hermano?

TEODORO.

Que no sabe cómo manifestarle á usted su agradecimiento...

BEATRIZ.

Un marino se vé perplejo por tan poca cosa?... Vamos, hijo mio, deme usted un abrazo.

TEODORO. (Abrazándola.)

Con toda mi alma.

BEATRIZ.

Ve usted cómo ha salido de su apuro?

TEODORO.

Qué habria sido sin usted de Carlota?

BEATRIZ.

El mal tiempo pasó... no hablemos de ello. Su hermana de usted es una muchacha excelente, que hace más que yo en la casa. No vaya usted á quitárnosla, porque ya no sabriamos pasar sin ella, y la queremos como si fuera de la familia.—Dí, Leon: le has avisado á tu tio? sabe que tenemos aquí un futuro almirante?

LEON.

Como está dirigiendo á los trabajadores.....

TEODORO.

A mi me toca ir á donde se halle y manifestarle mi reconocimiento.

BEATRIZ.

Con un apreton de mano cumple usted con él. Nosotros no somos cumplimenteros. Voy á llevarle á usted á dónde está. (A Carlota.) Dame mi manton.

CARLOTA.

Voy por él.

(Entra en las habitaciones, y vuelve á salir en seguida con el manton, que se lo pone á Beatriz. Entre tanto se ha acercado Teodoro á Leon.)

TEODORO. (Aparte á Leon.)

No se olvide usted de que sólo me ha pedido algunas horas.

LEON. (Aparte á Teodoro.)

Esta noche lo sabrá todo mi tio.

BEATRIZ.

Vamos, señor marino, y deme usted el brazo, pues el piso está tan resbaladizo, que temo caerme.—Carlota, sabes que voy á caminar llena de orgullo?... Mi Luis era buen mozo en su tiempo; pero tu hermano lo es más todavia.

(Beatriz se va por el fondo; á la derecha, agarrada del brazo de Teodoro, y Leon los sigue; Carlota entra en las habitaciones.)

ESCENA XI.

SIMON.—Luego el VIZCONDE.

SIMON. (Saliendo por donde se fué con unos papeles en la mano.)

No puede uno fiarse de nadie. Pues no va ese imbécil Lopez á dejarse ablandar por las palabras melosas del Vizconde, y comete ademas la torpeza de enviármele, cuando tanto interés tenia yo en quedar desconocido en este asunto!... Si se sabe en estos contornos que demando á ese jóven por dinero que le he prestado, ya no me tendrán por pobre, y estos tunos campesinos me asesinarán el mejor dia, para robarme... No, no veré al Vizconde... y como no creo que venga aquí....

(Va á irse por la izquierda, y el Vizconde sale por el fondo, viniendo de la derecha.)

VIZCONDE. (Al salir.)

Señor Simon?

SIMON. (Sorprendido.)

El Vizconde!

VIZCONDE.

Me alegro de encontrar á usted.

SIMON.

Pues para qué le soy útil?

VIZCONDE.

Me explicaré sin rodeos. Sin saberlo era deudor de usted, y vengo...

SIMON.

Usted deudor mio!... Mucho me alegraria de que fuese cierto, caballero... pero, por desgracia.....

VIZCONDE.

Señor Simon, el disimulo es ya inútil. Sé que mi aparente

acreedor es Don Pedro Lopez, que vive en Sevilla; pero que á quien debo verdaderamente es á Simon Robira, que para todo el mundo en estos alrededores no es sinó un pobre, que vive á expensas de su hermano Luis Robira; pero esto es falso, puesto que presta diez mil duros...

SIMON. (Vivamente.)

Perdone usted: son veinte mil duros los que debe usted .. á Lopez.

VIZCONDE.

No he recibido más que diez mil.

SIMON.

Si señor; pero y los réditos? y los intereses de los réditos?...

VIZCONDE.

No puedo comprender cómo sea posible que un capital doble así en dos años.

SIMON.

Todo depende de lo pactado, y las condiciones se pusieron bien terminantes... segun me ha dicho Don Pedro, que es el único interesado en el asunto, y á él, por lo tanto, debe usted dirigirse.

VIZCONDE.

Pero el tal don Pedro no es más que un testaferro.

SIMON.

Un testaferro?

VIZCONDE.

Le repito á usted que lo sé... tengo certeza de ello... me lo ha confesado Lopez... y la mejor prueba de que usted es mi acreedor, son esos documentos, que tiene usted en la mano, que reconozco por relativos á mi deuda y que sé que le debia traer hoy su sócio, ó lo que sea. Hablemos, pues, con franqueza. Hace dos años que me prestó usted diez mil duros, y hoy me reclama el doble, lo que es exhorbitante, monstruoso... pero sobre esto no disputo, y convengo en que le debo á usted veinte mil duros.

SIMON.

Ah!

VIZCONDE.

Mas no tengo dinero... y le pido á usted un plazo de dos meses para el reembolso.

SIMON.

Dentro de dos meses le sucederá á usted lo que hoy. Por lo tanto, se exigirá el pago acto contínuo, ó se embargarán y venderán los bienes de su padre de usted.

VIZCONDE.

Oh! no hará usted eso!

SIMON.

Por qué?... Se embargan y venden los trastos y útiles de un pobre jornalero, sin que nadie se oponga á ello, y no se podrá hacer lo mismo con la hacienda y los muebles dorados de su padre de usted, porque es conde y general?

VIZCONDE.

Piense usted en su edad...

SIMON.

Tambien yo soy viejo... y no he de ponerme á mendigar, para no causar perjuicio al que por debilidad ó imprudencia responde de las deudas de juego, ó de los despilfarros de su hijo... Si su padre de usted no paga, es un mal hombre.

VIZCONDE.

Cómo!... se atreve usted?...

SIMON.

Si señor, un mal hombre... Su firma al pié de los pagarés de usted es una aprobacion tácita á sus desórdenes... era tender un lazo á mi buena fé... Afortunadamente, Simon Robira es un zorro viejo, que puede caer en una trampa; pero nunca deja despojos en ella.

VIZCONDE.

Si pudiera decirle á usted... si usted supiese...

SIMON.

Lo que sé es que el conde de la Espesura, su padre de usted, ha respondido por usted; que los dos pagarés últimos que le dió usted á Lopez, y que garantizan la deuda, capital é intereses, están firmados por él... Si el general ha hecho una necedad, para qué la ha hecho?... La pagará.

VIZCONDE.

No puedo creer, amigo mio, que sea usted tan cruel...

SIMON.

Le advierto á usted que yo no soy Lopez, y que de mí no se saca partido con palabritas azucaradas. Estos papeles estarán en

mi gabeta hasta mañana, y si mañana no paga usted, sé lo que he de hacer... Ya verá usted si don Pedro Lopez entiende de negocios.

VIZCONDE.

Pero...

SIMON.

Servidor de usted. (Entra en las habitaciones.)

(Empieza á oscurecer.)

ESCENA XII.

EL VIZCONDE. (Solo.)

¡Oh! no...antes se lo confesaré todo á ese hombre. (Da algunos pasos en seguimiento de Simon, y se detiene.) Pero entonces me entrego más á él... Ese implacable usurero especularia con mi crímen, querria hacerme pagar su silencio...¿Qué partido tomaré?... (Se ha acercado á la ventana, y mira por ella.) Esos papeles, que le veo guardar desde aquí, irán mañana á poder de un juez, y mañana se hará pública mi vergüenza...Mi pobre padre, que acaba de salvarse de la muerte casi por milagro, va á volver á España, en busca de un poco de tranquilidad, que tanto reclaman sus dilatados servicios á la pátria, y será la infamia lo que encuentre en su casa... Oh! no! no!... ¡rescataré esos papeles, aun cuando sea á precio de mi sangre!

(Oscurece más.)

ESCENA XIII.

EL VIZCONDE.—LUIS.—LEON.—TEODORO.—BEATRIZ.—CARLOTA.—BLAS.—Trabajadores.

LUIS.

(Saliendo agarrado del brazo de Teodoro.) Nada, nada: no se me escapa usted, y hasta que termine su licencia no sale de mi casa... Pasaremos el dia visitando mis tierras, y por la noche nos contará usted sus viajes.

TEODORO.

No es posible resistir á una oferta tan franca y cordial. Acepto, señor Luis, acepto.

LUIS.

Pues venga esa mano.

TEODORO. (Dándosela.)

Pero con la condicion de que trabajaré aquí, como trabajan todos.

LUIS.

Bueno...contribuirá usted con sus consejos y vigilancia á la pronta terminacion del dique, que estoy reparando y levantando más.

BEATRIZ. (Viendo al Vizconde.)

Luis, no has hecho alto en que tenemos una visita?

LUIS.

Es verdad!... El señor Vizconde en nuestro cortijo!...Cuánto honor!

BLAS. (Aparte.)

Apostaria la cabeza á que no ha venido para verle á él.

VIZCONDE.

Pasaba por cerca de aquí, señor vecino, me pareció que iba á empezar á llover de nuevo, y vengo en busca de un abrigo.

LUIS.

Oh! no tardará en seguir diluviando, pues parece de ocho dias acá que Dios ha formado empeño en enviarnos toda el agua que nos negó el verano. Pero entre usted, entre usted, señor Vizconde.—Beatriz, leña á la chimenea.

VIZCONDE.

Lo agradezco; pero me voy antes de que cierre más la noche, porque el camino no es bueno de aquí á mi hacienda.

LUIS.

Pues Leon enganchará la Tordilla en el carro, para llevarle á usted; (Mirando al cielo.) porque no hay duda en que muy pronto vuelve á llover.

VIZCONDE.

Me basta con que me presten ustedes una capa.

CARLOTA.

Voy por la de Leon.

LUIS.

Sí, sí.

(Váse Carlota corriendo por la izquierda.)

BLAS. (Aparte.)

Digo, si se da prisa la niña en servir al Vizcondecito!.. (Alto, mirando al fondo.) Ya está aquí el cerrajero, señora.

ESCENA XIV.

BEATRIZ.—LUIS.—LEON.—TEODORO.—EL VIZCONDE.—BLAS.—UN CERRAJERO.—Trabajadores.—Despues SIMON.—Luego CARLOTA.

CERRAJERO. (Saliendo con una espuerta á la espalda.)

Felices, señor Luis y compañía.

BEATRIZ.

Gracias á Dios que ha llegado usted!.. (Acercándose á la ventana.) Es menester que vea usted por qué no cierran estos postigos, y remedie usted el daño.

CERRAJERO.

Se remediará. (Deja la espuerta en el banco, y saca de ella dos llaves, que coloca junto á la espuerta.) Aquí traigo tambien las dos llaves dobles, que me mandó usted hacer para los cuartos de Carlota y del señor Simon.

(El Vizconde, que está cerca del banco, le ha visto al Cerrajero dejar en él las llaves.)

BEATRIZ.

Bien, bien. Venga usted á dentro, que tengo otra cosa que encargarle.

SIMON. (Saliendo por la izquierda.)

No se cena hoy en esta casa?

BEATRIZ.

Al momento. (Váse por la izquierda con el Cerrajero.)

LUIS.

No solo se cena, sino que tenemos un convidado: el hermano de Carlota.—Teodoro, le presento á usted á mi hermano Simon.

TEODORO.

El padre de Leon?

LUIS.

Sí. Es un poco original; pero no tan malo como quiere darlo á entender. No es verdad, Simon?

CARLOTA. (Saliendo con una capa.)

Aquí tiene el señor Vizconde lo que desea.

SIMON. (Viendo al Vizconde, acercándose á él y hablándole aparte.)

Todavía está usted aquí?

VIZCONDE. (Aparte á Simon.)

Queria verle á usted otra vez. Qué determina usted definitivamente?

SIMON. (Aparte al Vizconde.)

Mañana pedirá Lopez el embargo.

BEATRIZ. (Saliendo.)

La cena está lista.

(Simon se ha apartado del Vizconde, al que Carlota le da la capa; él se la pone, y sin ser visto, se baja hácia el banco y con la mano escondida entre el paño toma las dos llaves.)

VIZCONDE. (Aparte.)

Aun me queda la noche.

(Luis acompaña al Vizconde hasta la puerta del fondo, mientras Leon, Teodoro y Carlota están á un lado del escenario, y en el opuesto Simon, que demuestra meter prisa á Beatriz para que vaya y sirva la cena. Despues que el Vizconde se va por el fondo, todos se dirigen á las habitaciones. El telon cae.)

ACTO SEGUNDO.

LA REPARACION.

Cocina del cortijo. Puerta á la izquierda, que es la del cuarto de Simon, y otra á la derecha, perteneciente al de Carlota. En el fondo, ventana á la izquierda, que es la misma que se veia por su exterior en el acto primero, y puerta á la derecha. A la derecha, en primer término, chimenea grande. A la izquierda, tambien en primer término, una mesa con un velon encendido y recado de escribir, y un sitial. Varias sillas, y en una de ellas una capa.

ESCENA PRIMERA.

LUIS.—CARLOTA.—BEATRIZ.—TEODORO.—LEON.—Despues BLAS.

(Al levantarse el telon, aparece Luis sentado en el sitial, Teodoro de pié junto á la mesa; Carlota arrodillada delante de Luis; Beatriz procurando levantarla, y Leon en pie detrás de ella.)

TEODORO.

Todo lo sabe usted ya, señor Robira... y generoso y bueno, ha perdonado usted.

BEATRIZ (A Carlota.)

Vamos, no estés de rodillas... No hubieras pasado afliccion, ni angustias, si hubieses tenido confianza en nosotros... Vamos, vamos, no llores más, y abrázame... (La levanta, y dice á Luis:) Has hecho bien en perdonarla, marido... La pobre Carlota se veia abandonada, sola en el mundo, faltándole el ángel guardian, que Dios les dá á las jóvenes: se habia quedado sin madre.

LUIS.

Sí: Carlota ha expiado duramente su falta... He llorado contigo, Beatriz, al oirle contar lo mucho que ha padecido para ocultarnos su secreto... y, como su hermano, la perdono con todo mi corazon... (Levantándose.) Pero no á tí, Leon... no... (Acercándose á él.) Esta niña estaba en mi casa... bajo mi custodia... Cuando hace dos años le dije: «Eres huérfana; pero ven, que mi familia será la tuya... no tienes asilo; pero sígueme, que en mi hogar hay sitio para tí...» al hablarle de este modo, es porque creia que todos los Robiras eran hombres de bien, que mi casa era una casa honrada... y ello es que Carlota ha sido seducida por uno de los mios, y que bajo mi techo ha sufrido el ultraje... Creo que si fueses hijo mio, Leon, te maldeciria.

LEON.

Tio!...

BEATRIZ.

Luis!...

LUIS.

Oh! sé lo que vais á decirme: que reparará el mal que ha causado: no es verdad? qué dará apellido á su hijo... Pero puede disponer de ese apellido sin el consentimiento de su padre?... Conozco muy bien á Simon, y sé que no lo dará.

TEODORO.

Que no lo dará!

LEON.

Desde ayer, tio, soy dueño de mí mismo. Si hoy, si acto contínuo no me presta usted el apoyo, que le pido, iré solo á buscar á mi padre, y...

LUIS.

Y si no quiere oirte, si rechaza á la pobre Carlota, te casarás con ella de una manera escandalosa!...

CARLOTA. (Acercándose á Luis.)

No señor, no entraré en la familia de usted contra la voluntad del señor Simon... no iré á la iglesia acompañada de la maldicion del padre de mi esposo... Si es inexorable, aceptaré mi suerte como expiacion de mi falta... Me ausentaré, dejaré esta casa... Amparada del perdon de usted y del de mi hermano, iré en busca de la buena mujer, que ya me ha favorecido en mi

desgracia... allí trabajaré para mi hijo... y nadie le echará en cara el pan que se coma.

BEATRIZ.

Oh! no consentiré que te vayas.

LUIS.

Bien, Carlota!... Eres una buena muchacha, y la gente honrada se debe socorrer mútuamente. Le hablaré á Simon.

TODOS.

Ah!

LEON.

Conmigo? no es verdad, tio?

LUIS.

Yo solo: tu presencia me estorbaría... no podria esplicarme con él con toda franqueza... Pero bueno será que Teodoro me acompañe.

LEON.

Sin embargo...

LUIS.

Mañana debias ir á la féria de Jerena, á comprarme la yunta de bueyes, que me hace falta; pero saldrás para allí esta noche, y espero poderte decir á tu vuelta: todo se ha arreglado; abraza á tu mujer.

LEON.

Como usted disponga.

BEATRIZ. (A su marido.)

Yo sé bien que le harás ceder á tu hermano, si le hablas fuerte y te empeñas en ello. (Llamando.) Blas! Blas!... (Blas sale por el fondo.) Engancha la Tordilla en el carro chico, que mi sobrino va á Jerena.

BLAS.

Caramba! con este tiempo?... El señor Simon acaba de entrar hecho una sopa, y solo viene de la casa del guarda.

LUIS.

Ahora entra?

BLAS.

Si señor. No soy curioso; pero quisiera saber qué va á hacer con tanta frecuencia en esa casucha, que se está hundiendo, y que el mejor dia se le va á caer encima y á dejarle aplastado.

BEATRIZ.

Qué te importa?. . Vamos, que la yegua no se enganchará sola!

BLAS.

Voy, voy, señora Beatriz. (Vase por el fondo.)

BEATRIZ.

Te veo temblando, Carlota... Tranquilízate, que aunque es verdad que mi cuñado no es ningun ángel, tampoco se come á los niños crudos. Si yo fuese la encargada de hablarle, buenas cosas le habia de decir.

LUIS.

No es este asunto en que debes mezclarte... (Viendo á Simon, que se presenta en la puerta del fondo.) Aquí está ya.

ESCENA II.

DICHOS.—SIMON.

SIMON. (Saliendo por el fondo.)

Qué modo de llover!... Vengo calado hasta los huesos.

BEATRIZ.

Y el fuego está casi apagado!—Carlota, echa leña.

CARLOTA.

Al momento. (Corre á la chimenea y reanima el fuego.)

LUIS.

Con que sigue la lluvia?

SIMON.

Cae agua, como en tiempo del diluvio universal.

LUIS.

Es una verdadera plaga!

CARLOTA.

Acérquese usted, señor Simon, y séquese usted, que ya hay un buen fuego.

SIMON.

Gracias. (Se acerca á la chimenea y se sienta junto á ella.)

BLAS. (Saliendo.)

La yegua está enganchada, y el señor Leon puede ponerse en camino cuando quiera.

SIMON. (Á su hijo.)

Vuelves á irte?... (A Luis.) Hombre, no le dejas parar!... (Aparte y mirando á Carlota.) Pero me alegro. Cuanto más tiempo esté al lado de ella, mejor.

BEATRIZ.

Aquí tienes tu capa, Leon, que ha enviado el Vizconde. (Se la pone, ayudándola Carlota.)

SIMON. (Calentándose.)

Y no han dicho nada de su parte?

BEATRIZ.

Nada más que dar las gracias.

SIMON. (Aparte.)

Iré á Sevilla en cuanto amanezca.

LEON.

Hasta mañana que estaré de vuelta, padre. Voy á Jerena.

SIMON.

Que lleves buen viaje. Por qué me miras de ese modo?

LEON.

Padre, no es verdad que usted me quiere?... que desea mi felicidad?

SIMON.

Sin duda alguna, y de tu pervenir me estoy ocupando. A tu vuelta hablaremos.

BEATRIZ.

Ven Carlota, y acompañemos á Leon hasta el carro. (Aparte á su marido y á Teodoro.) Habladle al alma.

(Leon, Carlota y Beatriz se van por el fondo.)

ESCENA III.

LUIS.—SIMON.—TEODORO.

SIMON.

Me consuela este fuego.

LUIS.

Pero, cómo has salido con este tiempo endiablado?

SIMON.

Me has hablado tanto de riadas... inundaciones, que he

querido juzgar por mí mismo del estado de las cosas. Vengo de la corta, y he visto que, con efecto, el agua está muy alta.

LUIS.

Y tanto!...

SIMON.

Pero no ha subido desde esta tarde, y no pasará de donde se encuentra.

LUIS.

Dios lo quiera!

SIMON. (A Teodoro.)

Mal tiempo para un marino, que se halla en tierra... No ha dejado usted el servicio, no es verdad?

TEODORO.

No señor. Solo he venido á ver á Carlota; porque mi presencia aquí era muy necesaria para asegurar su dicha... Quiero casarla.

SIMON.

Aplaudo la idea. (Aparte.) De esa manera nos veremos libres de ella. (Alto.) Y tenemos ya pretendiente?

LUIS.

No falta.

SIMON.

Calla!... tú te mezclas en ese asunto?... Aunque siendo tu protegida, no es extraño. Cuándo va á ser la boda?

LUIS.

Todavia no hemos adelantado tanto.

SIMON.

Pues habiendo novio, no sé qué puede faltar.

LUIS.

El consentimiento de su padre.

SIMON.

Del padre del futuro?... Pone dificultades?... Qué quiere ese padre?... Carlota es buena muchacha, bonita, hermana de un valiente marino... Eso se arreglará sin duda.

LUIS.

Así lo espero.—Vamos, Teodoro, haga usted la peticion.

SIMON.

La peticion?

TEODORO.

Es verdad, señor Robira... ya es tiempo de ello. Señor Simon,

en nombre de su hijo de usted, Leon Robira, le pido su consentimiento para su union con Carlota.

SIMON.

Eh?... O he oido mal, ó está usted loco... Con mi hijo es con quien quiere usted casar á su hermana?

TEODORO.

Sí señor: con su hijo de usted.

LUIS.

Y por qué no?

SIMON.

Leon casarse con una muchacha desconocida y sin dote? Nunca!

TEODORO.

Pero hay razones para que la union se verifique.

SIMON.

Razones?

TEODORO.

Carlota es madre, y su seductor es el hijo de usted.

SIMON.

Qué está usted diciendo?

LUIS.

La verdad.

TEODORO.

Ahora comprenderá usted que no puede rehusar lo que le pido.

SIMON.

Poco á poco, amigo, que se apresura usted demasiado á decidir en favor suyo. Soy padre, debo pensar en el porvenir de mi hijo, y seria culpable si le permitiera unirse á una mujer, que ha olvidado sus deberes... ó mejor dicho, á una chica astuta, que confiaba en convertir á su amante en marido.

TEODORO. (Con fuerza.)

Señor Simon!..

SIMON.

Leon es jóven... de carácter débil... y es fácil abusar de él; pero su padre tiene la suficiente energía para negarse á tomar por nuera á una desconocida, á una mendiga.

LUIS.

Simon!...

TEODORO.

Nada tema usted, señor Luis... Por profunda que sea la injuria y por más que pida sangre, no olvidaré que me hallo en la casa de usted, y que el que me ultraja es un anciano... (A Simon.) La que con tanta dureza trata de mendiga y desconocida, señor Robira, pertenece á una familia honrada. Nuestro padre, con su trabajo y su inteligencia, se colocó en primera fila entre los fabricantes de Sevilla, y quinientos trabajadores, quinientas familias le debian el vivir desahogadamente. La memoria de los pobres es fiel, y más de un artesano se acuerda con gratitud en la capital de Andalucía de Lorenzo Coronado.

LUIS y SIMON.

Lorenzo Coronado!

TEODORO.

El apellido que hoy llevamos mi hermana y yo, es el de nuestra madre. En 1838 era yo muy jóven aun, y Carlota era una niña; mi padre, para que no pereciesen de hambre sus numerosos obreros, continuó ocupándolos, á pesar de que una crísis comercial detuvo la venta de los productos de la fábrica. Muy pronto tuvo que recurrir á empréstitos onerosos, y muy pronto... lo diré de una vez, se vió arruinado. Despues de pagar cuanto debia, abandonó á Sevilla, decidido á no volver á ella, ni usar su verdadero apellido hasta que hubiese rehecho un caudal, que ávidos usureros habian cruelmente usurpado; y para lograrlo, no fué valor lo que le faltó, fueron fuerzas: retirado á la Algaba mi pobre padre, murió en ella de pena. Ustedes saben por qué tuve que sentar plaza en la marina, y de qué manera Carlota, que se habia quedado huérfana, vió que un incendio le arrebataba lo poco que le dejó nuestra madre.

LUIS.

Sí, sí: lo sé muy bien.

TEODORO: (A Simon.)

Y ahora, señor mio, que la infeliz niña ha creido en el amor, en los juramentos de su hijo de usted; ahora, que con una palabra puede usted salvar á la que ha deshonrado, me responde usted con desprecio é insultos, olvidando que le queda un defensor á Carlota, olvidando que hay tribunales en España...

SIMON.

Amenazas?..

LUIS.

Teodoro, ya le ha dicho Simon á usted cuanto debia decirle, y como se trata del honor de mi familia, quiero yo ser ahora quien le hable. Haga usted el favor de dejarnos solos. (Aparte á Teodoro.) Respondo ya del buen éxito.

TEODORO.

Me retiro, señor Robira; pero sea lo que quiera lo que decida su hermano de usted, Carlota Coronado obtendrá justicia y reparacion. (Vase por el fondo.)

ESCENA IV.

LUIS.—SIMON.—Luego BLAS.

SIMON. (Aparte.)

Es hijo de don Lorenzo Coronado!... Creia que no quedaba ninguno de esa familia... Si sabrá ese jóven?... No... el incendio, por dicha mia, lo habrá devorado todo.

LUIS. (Despues de cerrar la puerta del fondo.)

Ahora nos entenderemos nosotros.

SIMON. (Con mal modo.)

Qué me quieres?... Por qué tomas cartas en este juego?... No has de conseguir más que el otro. He dicho, y lo repito, que no consentiré que mi hijo se case con una descamisada: Carlota no será mi nuera.

LUIS.

Pero ahora sabes lo que ignorábamos todos: el que es hijo de Don Lorenzo Coronado.

SIMON.

Y qué tenemos con eso?... Coronado era un loco, parecido á tí, que en lugar de pensar en sus intereses, se ocupaba en hacer obras de caridad; un vanidoso necio, que conservaba y pagaba á sus jornaleros, para que le labrasen lo que sabia no habia de vender.

LUIS.

Debias añadir, que abusando de su confianza y de su buena fé, un hombre acaudalado fué á verle y le dijo: «lo que está usted haciendo me parece tan laudable, que quiero ayudarle, y le abro á usted un crédito de treinta mil duros.» Coronado cuenta

con esta promesa, y obra en su consecuencia; pero de pronto el crédito se cierra, y el que se lo habia abierto se hace el más impaciente, el más ávido de sus acreedores, hasta el punto de obligar á don Lorenzo á enagenar su fábrica, que compra él á vil precio, vendiéndola poco despues cinco veces más cara de lo que la habia pagado.

SIMON.

Fué una especulacion bien calculada, y legal.

LUIS.

Legal!... La ley no ha podido preveerlo todo, no puede castigarlo todo, y hay quienes se esconden detrás de ella, como los adrones se esconden en los bosques... Sin embargo, los que así obran, si no temen á la justicia, temen á la opinion pública, y el mismo modo que algunos bandidos se desfiguran el rostro ara robar, ellos se desfiguran el nombre... pero todo se descure al fin, y yo sé quién es el poseedor de los despojos de Conado.

SIMON.

Tú lo sabes?... quién es?

LUIS.

No fué un tal Roque Aguirre, como se hizo aparecer, sino tal Simon Robira.

SIMON.

Yo?... Y de dónde diablos habia de haber sacado el dinero?

LUIS.

Del vil oficio que ejerces hace treinta años: de la usura.

SIMON.

Estás es un error, si me crees rico.

LUIS.

No temas que te pida ni un ochavo. Hace seis años, en 1848, cuando la escasez de la cosecha me puso en tanto apuro, preferí hipotecar una parte de mis tierras, á dirigirme á tí; y sin embargo sabia por ese mismo Roque Aguirre, de quien no quiste continuar sirviéndote como testaferro, y lo reemplazaste con un tal don Pedro Lopez, sabia que poseias más de cien mil duros.

SIMON.

falso! es una mentira!... Luis, hermano mio, no te engaña á tí... y te juro...

LUIS.

A qué juramentos falsos é inútiles?... Una parte de ese capital enorme provenia de lo arrebatado á don Lorenzo Coronado, y sin embargo hás tenido valor para echar en cara á sus hijos su miseria, que es obra tuya!.. Eso es infame!... Pero si el diablo no há metido en tu pecho más que una moneda falsa, Dios ha puesto en el mio un corazon noble, y te juro por él que no harás otra vez desgraciados á esos muchachos.

SIMON.

Que acudan á los tribunales, y si salgo condenado á dotar á Carlota, me estrecharé, para poder darle un centenar de duros, y todo quedará concluido.

LUIS.

Ya que lo llevas á ese terreno, el mal será para tí. No te pedia otra cosa que tu consentimiento, y yo me habria encargado de asegurar la suerte de Leon y de Carlota: les hubiera dejado mis bienes, ganados lealmente... Pero te niegas... quieres un litigio... Pues bien: lo tendrás, y puesto que el dinero es todo para tí, á tu dinero se le hará guerra.

SIMON.

Cómo?... qué quieres decir?

LUIS.

Lo que quiero decir es que Leon ha entrado en la mayor edad, y que mañana te pedirá cuentas de la legítima materna.

SIMON.

Pero si su madre nada tenia cuando se casó conmigo!...

LUIS.

Lo que posees son bienes gananciales, y la mitad era de tu mujer, y por consiguiente es de tu hijo.

SIMON.

No puede ser eso.

LUIS.

Tan puede ser, que si ahora mismo no das tu consentimiento para que se casen Carlota y Leon, se lo digo todo á éste y le inclino á pedirte su parte en esos doblones, á que tanto apegado tienes.

SIMON.

No, Luis... no, amigo mio, mi querido hermano... no harás eso... No tengo lo que crees... no... ni la cuarta parte.

pero el dinero en mis manos puede duplicarse... triplicarse... y en las de Leon, tal vez volaria como el humo... Vamos... entre hermanos no hay siempre avenencia?... Dices que dotarás á Carlota y á mi hijo, y en tí no lo extraño, porque eres tan bueno .. Yo les daré lo poco que tengo... pero despues de mi muerte, se entiende... Con que Luis, amado Luis, no le digas nada al chico de ese capital, que suponen que poseo... y menos le hables de la legítima de su madre, ni de cuentas entre él y yo... Quién ha visto cuentas entre padre é hijo?... Por mi parte... yo...

LUIS.

Consientes en que se casen?

SIMON.

No... sí... es decir, pido tiempo... solo hasta mañana... hasta mañana por la noche... De aquí á entonces habré visto á Leon... habré sabido si esa union puede hacer su dicha verdaderamente... y en este caso....vamos, le dejaré obrar con libertad.

LUIS.

Gracias á Dios que soltaste la palabra! (Abriendo la puerta del fondo y llamando.) Blas!... Blas!...

BLAS. (Saliendo.)

Aquí estoy.

LUIS.

Díle al ama, á Carlota y á su hermano, que vengan.

BLAS.

Está bien. (Váse.)

SIMON.

Para qué los llamas?

LUIS.

Para que oigan de tu boca...

SIMON.

Cómo! ya?... No... esta noche no.

LUIS.

Por qué?

SIMON.

Porque quiero reflexionar un poco... (Aparte.) y consultar con el código civil y otros libros de jurisprudencia que tengo en mi cuarto. (Entra en su cuarto.)

ESCENA V.

LUIS.—BEATRIZ.—CARLOTA.—TEODORO.

BEATRIZ. (Saliendo.)

Qué has hecho?

TEODORO.

Salió usted bien, señor Robira?

LUIS.

Venga esa mano. He vencido.

BEATRIZ.

Consiente?

TEODORO. (Estrechando la mano de Luis.)

Gracias! gracias!.. Ah! si supiese usted lo que sufrí hace poco!...

LUIS. (Aparte á Teodoro.)

Chit!.. no hablemos de eso á las mujeres. (Alto á Carlota.) Vamos, acércate, sobrina, y dame un abrazo.

CARLOTA. (Abrazándole.)

Bienhechor mio! mi segundo padre!...

LUIS.

Eso es: llámame tu padre, con lo que me honras mucho, porque le conocí y sé que era un excelente y digno hombre. Pero ya que he conseguido arreglar vuestro asunto, debo ocuparme en los mios, y tengo que señalar labor para mañana.

TEODORO.

No se detenga usted por mí.

LUIS.

Pues voy allá.

BEATRIZ.

Y yo, para que Carlota pueda hablar á solas con su hermano, voy á desempeñar por ella sus quehaceres nocturnos.

CARLOTA.

Qué buena es usted, señora Beatriz!

LUIS.

Vamos, mujer. (Aparte á Beatriz, yéndose con ella.) Pobres muchachos!.. Si supieras... Me he portado como un héroe.

(Váuse Beatriz y Luis por el fondo.)

ESCENA VI.

CARLOTA.—TEODORO.

TEODORO. (Yendo á sentarse en el sitial.)

Qué buen sugeto!.. A él le debes el consentimiento del padre de Leon, á él solo; porque yo nada pude conseguir... No tendré la menor parte en tu dicha.

CARLOTA. (Apoyándose en el respaldo del sitial.)

No digas eso, Teodoro... Te parece que sin tí le habria inspirado el mismo interés al señor Luis?

TEODORO.

Por qué no?.. Ni aun podré hacerte un regalo de boda, pues era tanta mi prisa por venir, que no quise esperarme á tomar la paga, y el hijo del rico fabricante Coronado se encuentra con los bolsillos vacíos.

CARLOTA.

Puedes pensar en regalos para mí?

TEODORO. (Abrazándola.)

Qué satisfaccion hubiera tenido en dotarte?.. Ahora me pesa haber rehusado la oferta del capitan general de Puerto-Rico. Si estuviera aquí, ese sí que te regalaria espléndidamente.

CARLOTA.

Por qué?

TEODORO.

Por un servicio que le hice, y no pequeño... Estoy seguro de que voy á estar triste el dia de tu boda, como lo hubiera estado nuestro padre, al ver que su hija se casaba sin dote.

CARLOTA.

Pobre padre!... Uno me habia legado.

TEODORO. (Levantándose.)

Un dote?

CARLOTA.

Sí; pero se ha perdido, y si te hablo de ello, es por gratitud á su memoria.

TEODORO.

Y cómo he ignorado eso?

CARLOTA.

Estabas ausente hacia algunos años, cuando un dia, conociendo mi madre que iba á morir, me llamó al lado de su cama. «Hija mia,» me dijo; «mucho hemos padecido juntas; pero el trabajo nos ha sostenido, y he debido obedecer á la última voluntad de tu padre, que al entregarme un pliego esmeradamente lacrado y sellado, me dijo: «esto será el dote de Carlota. Era nuestro »último recurso, y hubiera muerto de hambre sin tocar á él. No »rompas el sobre hasta que nuestra hija haya elejido esposo.»— He guardado el pliego con todo cuidado, añadió mi madre, é ignoro lo que contiene. Le encontrarás en el fondo del armario grande.»—Algunas horas despues estaba sola en el mundo.

TEODORO.

Pobre madre!

CARLOTA.

Otra desgracia estaba reservada para la infeliz huérfana, pues pocos meses despues, gritos espantosos me despertaron á deshora de la noche; abrí los ojos y ví que el fuego devoraba mi casa miserable. Los vecinos corrieron á favorecerme y me sacaron de entre las llamas; pero ya en la puerta, me acordé de las palabras de mi madre moribunda, corrí al armario, que habia empezado á arder...

TEODORO.

Y salvaste el pliego?

CARLOTA.

Sí; pero ya para nada vale. Sin embargo, lo he conservado como recuerdo de nuestro padre, y es éste. (Lo saca y se lo da á Teodoro.)

TEODORO. (Leyendo.)

«Reconozco haber recibido en depósito, por conducto de Don Pedro Lopez, la cantidad de ochenta mil reales vellon, pertenecientes á Don Lorenzo Coronado, fabricante en Sevilla, y me obligo á devolvérselos á dicho señor tan pronto como me los reclame, ó á sus legítimos herederos, en caso de su fallecimiento quedando responsable....» (Representando.) Nada más dice... el fuego ha destruido lo restante... Ni fecha, ni firma... Quién pued ser el depositario, y quién este Pedro Lopez, de que hab aquí?.. Oh! me informaré... buscaré... consultaré con el señ Luis...

ESCENA VII.

DICHOS.—BEATRIZ.

BEATRIZ. (Saliendo por donde se fué.)

Vamos, se las habrá vuelto á llevar el cerrajero, sin saber lo que hacia.

CARLOTA.

Se ha perdido algo?

BEATRIZ.

Dos llaves; pero ya parecerán, hija mia .. Otra cosa es la que me dá cuidado.

CARLOTA y TEODORO.

Qué sucede?

BEATRIZ.

Parece que el rio sigue subiendo. El conductor del correo, que acaba de pasar, dice que las calles de Sevilla están ya arriadas. Luis no quiere acostarse, y habla de ir á la corta á ver á donde llega el agua.

TEODORO.

Pues le acompañaré.

BEATRIZ.

Me alegraré mucho, porque un marino debe entender en materia de inundaciones. Corra V. en su busca, no se vaya solo. (Teodoro se vá por el fondo.) Ahora estoy más tranquila... Calla! se han compuesto los postigos de la ventana, y me olvidaba de cerrarlos... Quién oia mañana á Simon?... (Cierra la ventana.) Vamos, hija mia, recógete y reza, pidiéndole á Dios que no nos suceda ninguna desgracia. Buenas noches.

CARLOTA.

Buenas noches.

(Beatriz se vá por el fondo.)

ESCENA VIII.

CARLOTA, sola.

Por qué al oir á la señora Beatriz se me ha oprimido el corazon?... Ha dicho que las calles de Sevilla están inundadas...

y la Algaba debe estar más baja que la ciudad... Tal vez en el pueblo corren peligro, y en él se halla mi hijo... Trayéndole al cortijo, nada tengo aquí que temer por él... Si me atreviese... No querrán dejarme ir hasta allá... me dirán que espere á mañana... Mañana!... Si pudiese salir sin ser vista... Esta ventana cae al patio, cerca de la puerta de la tápia, que me será fácil abrir sin ruido, y saltando... En un par de horas puedo ir y volver... (Abre la ventana.) Qué oscura está la noche, y cómo llueve!... No importa: la que es madre, á nada debe temer para salvar á su hijo. Voy por un manton.

(Toma el velon y entra en su cuarto, cuya puerta se cierra tras ella.—La escena se queda sola por un instante y oscura. Se oye el silbido del viento y el ruido de la lluvia, y á poco se vé al Vizconde saltar por la ventana, embozado en una capa y con una linterna en la mano.)

ESCENA IX.

EL VIZCONDE, solo.

Gracias á la horrible noche no he encontrado á nadie en el camino, y he podido saltar la tápia del patio y penetrar hasta aquí sin que me vean. Esta cocina es la que descubria esta tarde desde esa ventana, y esta puerta es la del cuarto de Simon... Qué esperanza me trae?... No me atrevo á confesármelo á mí mismo... Allí le he visto dejar al inexorable usurero los papeles, que le ha entregado Lopez, y que á todo riesgo vengo á arrebatarle... (Sacando lo que dice.) Una de estas dos llaves debe abrir esa puerta... (Se acerca á la del cuarto de Simon.) Tiemblo... pero es indispensable... Juro que le pagaré mi deuda á ese hombre, se la pagaré por entero; pero no permitiré que el miserable deshonre al autor de mis dias... no... antes me matará... (Escuchando.) Nada oigo... sin duda duermen todos en el cortijo... Me daré prisa...

(Mete la llave en la cerradura de la puerta del cuarto de Simon, y en el mismo momento Carlota sale del suyo y lo vé, arrojando un grito penetrante. Al grito se abre de pronto la puerta de Simon, quien sale por ella y coje por el cuello al Vizconde. La linterna se le cae á éste de la mano, y la oscuridad es completa hasta la salida de Blas.)

ESCENA X.

CARLOTA.—El VIZCONDE, SIMON.—Despues TODOS.

SIMON.

Ladrones!... ladrones!...

CARLOTA.

Socorro!... socorro!...

(Luis sale corriendo, seguido de Beatriz, Teodoro y algunos mozos de labranza.)

LUIS. (Al salir.)

Qué diablos pasa aquí?

BEATRIZ.

Por qué gritais?

SIMON.

Sujetadle!... le he cogido infraganti!... No decís que no hay ladrones?... Pues mirad este.

LUIS.

Un ladron en mi casa!...

(Blas sale con luz.)

SIMON. (Tomando la luz de manos de Blas.)

Vamos á verle la cara al bribon que... (Conociendo al Vizconde.) Dios mio!

TODOS.

El señor Vizconde!

BLAS. (Aparte.)

Pues este ladron no venia en busca de dinero.

VIZCONDE. (Aparte.)

Me he perdido inútilmente!... (Deja caer la otra llave, que habia conservado en la mano.)

LUIS.

El señor Vizconde aquí... á semejante hora!... Cómo ha podido usted penetrar hasta la cocina, sin ser visto de nadie?

SIMON.

Tomá! por esa ventana, que está abierta, como siempre.

BEATRIZ.

Pues si hace poco que la cerré yo misma!...

CARLOTA.

La he vuelto yo á abrir.

TODOS.

Ella!

BLAS. (Aparte.)

No digo!...

SIMON.

Conque estábais de inteligencia?

BLAS. (Recogiendo la llave del suelo, y aparte á Simon.)

Pero no para robar á usted, señor Simon.

SIMON.

Es que han querido entrar en mi cuarto.

BLAS. (Aparte á Simon.)

Quiá!... (Enseñándole la llave.) Vea usted esto, que el Vizconde ha dejado caer. Esta llave no podia abrir la puerta de usted, porque es la del cuarto de Carlota: la conozco.

SIMON.

La llave del cuarto de Carlota!

TODOS.

De Carlota!

VIZCONDE. (Aparte.)

Qué dicen?

CARLOTA.

La llave de mi cuarto!

LUIS. (Al Vizconde.)

No puede usted seguir callando... ya oye usted... se murmura... se sospecha... Justifíquese usted... y sobre todo, justifique usted á Carlota.

CARLOTA.

Justificarme!... De qué ha de justificarme?

VIZCONDE. (Aparte.)

Es horrible el salvarme á tal precio!

LUIS.

Pero nada dice usted?

SIMON.

Por vida mia que Blas ha puesto el dedo en la llaga: el señor Vizconde no puede haber venido sino á ver á Carlota.

TEODORO.

Eso es falso!... (Al Vizconde.) Hable usted, caballero, hable usted!

VIZCONDE.

Aunque solo Luis Robira tiene aquí derecho para interrogarme, le diré á usted que siento ser causa de este escándalo; pero que con efecto he venido...

SIMON.

Por Carlota?

BLAS.

Pues es claro!

CARLOTA.

Dios mio!

TEODORO. (Al Vizconde.)

Miente usted!...

VIZCONDE.

Insolente!...

BLAS. (Aparte á Teodoro.)

No le insulte usted... mire usted que es un Vizconde, que es hijo del capitan general de Puerto-Rico.

TEODORO.

Qué oigo!... Es cierto que es usted hijo del conde de la Espesura?

VIZCONDE.

Tengo ese honor.

TEODORO.

Dios mio!... (A todos.) Suplico á ustedes que se alejen, que me dejen á sólas con este hombre.

LUIS.

Si me promete usted obrar sin arrebato...

TEODORO.

Lo prometo... Por Dios, déjennos ustedes solos!

LUIS. (A todos.)

Vamos.

BEATRIZ.

Ven, Carlota, ven. Yo no sospecho de tí.

SIMON. (Aparte.)

Ya no me hablarán de casamiento. No sabe el Vizconde el favor que me ha hecho!

(Vanse todos por el fondo, menos Simon, que entra en su cuarto.)

ESCENA XI.

TEODORO.—El VIZCONDE.

TEODORO.

Conque es usted hijo del conde de la Espesura, actual capitan general de Puerto-Rico?

VIZCONDE.

Si señor.

TEODORO.

Oigame usted. A deshora de la noche del 30 de setiembre último fué atacado el conde de la Espesura en una callejuela de Puerto-Rico por tres asesinos, que le sorprendieron, le derribaron por tierra, le arrancaron y pisotearon la placa de San Hermenegildo, que llevaba al pecho, levantaron los puñales iban á acabar con su vida, cuando de repente un hombre, que la casualidad llevó á aquellas inmediaciones y que oyó los gritos de su padre de usted, se lanza entre el general y los malhechores, le escuda con su cuerpo, y da tiempo de este modo á que llegue una patrulla y ponga en fuga á los asesinos.

VIZCONDE.

Cómo es que sabe usted esa ocurrencia, que hasta hoy no ha llegado á mi noticia por una carta, que he recibido esta mañana de mi padre?

TEODORO.

Aun no he concluido. Al dia siguiente publicó el Conde un anuncio en los periódicos de la poblacion, en el que ofrecia al hombre que le habia salvado la vida, y que la oscuridad de la noche no le permitió conocer, cuanto quisiera exijirle en cambio de la placa rota, que le habia visto recojer...

VIZCONDE.

Tambien dice eso la carta.

TEODORO.

Pues bien: la placa no le fué presentada al general, porque el que la tenia en su poder no quiso que creyera que iba á reclamar el pago del servicio prestado; y esa placa es esta. (La saca y la enseña.)

VIZCONDE.

Cómo!... es usted?...

TEODORO.

Nunca creí que tendria que poner precio á una accion tan natural como fué la mia... pero adivinará usted que hoy me hallo en el caso de reclamarle que en cambio de la vida de su padre de usted, que salvé, devuelva á mi hermana el honor, que ha empañado usted con sus palabras.

VIZCONDE.

Carlota es hermana de usted?

TEODORO.

Carlota es mi hermana, Carlota es inocente, no es verdad? y usted va á retractar una calumnia infame.

VIZCONDE. (Turbado.)

Y si me fuese imposible?

TEODORO.

Nos batiremos entonces; porque el ultraje pide sangre.

VIZCONDE.

Es verdad... mi sangre le pertenece á usted... y la tendrá... pero la generosa mano, que ha defendido al conde de la Espesura, no atacará á su hijo... soy indigno de un adversario como usted. Su corazon de usted no le ha engañado: Carlota es inocénte, y si he permitido que se sospeche de ella, es porque no podia justificarla sin perdérme y deshonrar á mi padre.

TEODORO.

No le comprendo á usted.

VIZCONDE.

La carta que voy á escribir, y que no dejará duda sobre la inocencia de Carlota, pobre niña, á quien apenas conocia, le explicará á usted el sentido de mis palabras. (Se sienta á la mesa y escribe.) Padre mio!... padre mio!... tu honra me obliga á hacer lo que hago!... (A Teodoro.) Con lo que confieso aquí, nadie podrá sospechar de su hermana de usted. (Se levanta y le da lo que ha escrito.)

TEODORO. (Despues de leer.)

Cómo! .. es imposible!...

VIZCONDE.

Comprende usted ahora mi conducta de hace un instante?

TEODORO.

Concebir usted semejante proyecto!... Ha perdido usted el juicio?

VIZCONDE.

La desesperacion me ha guiado. Despues de malgastar en locos placeres la legítima de mi madre, no atreviéndome á confesar á mi padre mi falta de recursos, acudí á los usureros, y una vez puesto en esta fatal pendiente, me dejé arrastrar ciego por ella... Amenazado por mi acreedor principal y mas implacable de reclamarme judicialmente la deuda, perdí la cabeza y le ofrecí como garantía, le dí pagarés firmados por mi padre, que estaba ausente, que lo ignoraba todo.

TEODORO.

Qué locura!

VIZCONDE.

Estos pagarés han cumplido, y no he podido pagarlos; porque en vano me he dirigido á los que creia amigos... Mi padre va á regresar á la península, y sabrá por Simon la deshonra de su hijo... Pero á lo menos no le oiré maldecirme... Esperará usted á mañana para servirse de ese escrito, y me dejará usted tiempo para evitar la infamia, no es verdad?

TEODORO.

Ah! quiere usted morir!... quiere usted suicidarse!

VIZCONDE.

Qué otro recurso me queda?

TEODORO.

Señor Vizconde, si está en la mano del hombre salvar á usted, yo le salvaré.

VIZCONDE.

Imposible!

TEODORO.

Deje usted que á lo menos lo intente.

VIZCONDE.

He hecho todo lo imaginable para conseguir un plazo; pero don Pedro Lopez, y sobre todo Simon, no han querido oir mis ruegos.

TEODORO.

Don Pedro Lopez?... Conoce usted á uno, que se llama así?

VIZCONDE.

Si señor: á un sujeto de Sevilla, de quien se vale Simon para hacer sus préstamos. Ese Lopez, menos cruel que su sócio, me prometió concederme alguna espera; pero este le escribió, prohibiéndoselo terminantemente, y él me envió la carta, para escusarse conmigo de no cumplirme lo ofrecido.

TEODORO.

Le envió á usted la carta?... La conserva usted?

VIZCONDE. (Dándosela.)

Véala usted.

TEODORO. (Aparte y con la vista en el papel.)

Creo que sospechaba bien. (Saca el papel, que le dió Carlota, y compara la letra con la de la carta.) Sí: la misma mano ha trazado ambos escritos, y esta mano es la de Simon. (Alto.) Señor Vizconde, prométame usted, júreme usted no ejecutar su proyecto de suicidio antes de que nos volvamos á ver.

VIZCONDE.

Pero usted no podrá hacer nada por mí.

TEODORO.

Quién sabe!... Déme usted su palabra de complacerme en lo que le he pedido.

VIZCONDE.

Esperaré hasta mañana. (Va á tomar su capa, que se ha quedado en el sitial, junto á la mesa.)

TEODORO. (Aparte, mirando á la puerta del cuarto de Simon.)

Ahora, Simon Robira, nos veremos las caras!

VIZCONDE.

Hasta mañana.

TEODORO. (Dándole la mano.)

Le he salvado la vida al padre, y Dios mediante, salvaré el honor del hijo.

(Cae el telon.)

ACTO TERCERO.

EL DEPOSITARIO.

Cuarto de Simon. Puerta en el fondo, que conduce al campo, y á su izquierda una ventana pequeña, que da al patio. A la izquierda, puertas en primero y segundo término. Otra puerta á la derecha, y en el mismo lado una mesa con un velon encendido, escribanía, libros y papeles.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, solo, sentado delante de la mesa.

Caramba, que logró Luis asustarme!... pero he consultado con estos libros de Derecho, que casualmente tenia aquí, y estoy convencido de que no hay por qué temer. Verdad es, que los bienes adquiridos durante mi matrimonio eran gananciales; pero muerto uno de los esposos, el otro le hereda, á no haber un contrato especial, que esprese lo contrario, y tal contrato no existe. Por lo tanto, no tengo que rendir cuentas á mi hijo... Aunque cuando sepa la escena de esta noche, Leon será el primero en renunciar á tan nécio casamiento. Por lo que hace á Teodoro Coronado, lo recibiré con la cabeza erguida... Bien que con lo ocurrido, se apresurará á salir del cortijo, llevándose á su hermana, y espero no volver á oir hablar de ellos, ni de cierto documento, perdido sin duda... que puedo haber olvidado... si nadie me lo recuerda... pero la verdad es, que no estoy tranquilo en presencia de ese hombre, y quisiera que marchase á mil leguas de aquí. (Llaman á la segunda puerta de la izquierda.) Adelante! (Teodoro se presenta.) Es él! (Se levanta.)

ESCENA II.

SIMON.—TEODORO.

TEODORO.

Sin duda no esperaba V. mi visita.

SIMON.

Sí tal. (Presentándole una silla.) Siéntese V., amigo, y esta vez hablemos tranquilamente. (Se sientan.) Supongo que viene V. á despedirse de mí; porque despues de lo sucedido, la permanencia en está casa debe ser penosa para un hombre honrado, como usted lo es.

TEODORO.

No le dije á V. que habia venido á casar á mi hermana?... Pues no me iré sin que se case.

SIMON.

Usted se chancea!

TEODORO.

Hablo muy sériamente. Si Carlota fuese culpable, seria tan indigna del amor de su hijo de V., como de mi proteccion y cariño; pero debe V. suponer que si he venido á verle á su cuarto, es porque mi hermana está inocente y porque puedo probarlo. (Se levanta.)

SIMON.

Difícil es!

TEODORO. (Despues de cerrar todas las puertas.)

No, sino muy fácil. Tome V. (Le da un papel.)

SIMON.

(Que se ha levantado con inquietud al ver á Teodoro cerrar las puertas.)

Una carta?

TEODORO.

Del Vizconde, que solo V. debe leer.

SIMON.

Qué significa?... (Desdobla el papel, y lee para sí.) Qué he leido!... Será posible?... Con que el miserable habia venido á robarme?...

TEODORO.

Más bajo, hable V. más bajo.

SIMON.

Por qué?

TEODORO.

La desesperacion le guió; pero no trataba sino de ganar tiempo, por haberse V. negado implacable á toda espera, y hubiera V. sido pagado con integridad.

SIMON.

Buena integridad!... Un robo nocturno en una casa habitada!... Pues tiene pena de presidio!...

TEODORO.

No diga V. eso.

SIMON.

No lo digo yo, lo dice la ley. (Enseñándole un libro abierto.) Mire usted cómo se esplica el Código penal, lea usted... Oh! esta carta la recuperará su padre á costa de cuanto posee, ó llevará el hijo su merecido.

TEODORO.

Se olvida usted de que esa carta está dirigida á mí, y que no puede usted disponer de ella sinó con mi consentimiento?

SIMON.

No me lo negará usted, porque es preciso que se haga justicia.

TEODORO. (Arrebatándole la carta.)

Tiene usted razon: es preciso que se haga justicia, y le acompañaré á usted á casa del juez, porque tambien yo tendré probablemente que acudir á él.

SIMON.

Usted!

TEODORO. (Despues de una pausa.)

Ha conocido usted á mi padre, señor Robira?

SIMON.

Pst!... un poco... muy poco...

TEODORO.

No ha oido usted hablar nunca de un depósito de ochenta mil reales, que hizo don Lorenzo Coronado en manos de un amigo, antes de salir de Sevilla?

SIMON. (Confuso.)

Un depósito?.. Tiene usted recibo?

TEODORO. (Con intencion.)

El recibo se ha perdido.

SIMON. (Aparte.)

Se ha perdido!

TEODORO.

Pero si el depositario es un hombre de bien, no es verdad que al saber que hay herederos legítimos, debe declarar lo que ha recibido, y devolverlo?... Vamos, recorra usted la memoria, á ver si tiene alguna noticia que darme sobre este asunto.

SIMON. (Despues de dudar.)

No... ninguna...

TEODORO.

Y si me hallase en presencia del depositario, quien, seguro de la pérdida del documento, me negase descaradamente haber recibido cosa alguna de mi padre, asegurando haberle conocido apenas, qué me aconsejaría usted que hiciese?

SIMON. (Con temor.)

Yo... aconsejaría... aconsejaría... No sé...

TEODORO.

No sabe usted?... Pues ese mismo Código penal, que me enseñaba usted hace un instante, declara, si no estoy mal informado, que quien sustrae fraudulentamente una cosa, que no le pertenece, es culpable de robo.

SIMON.

De robo!...

TEODORO. (Con fuerza.)

No lo digo yo, lo dice la ley, la misma ley que usted invocaba hace poco... y puesto que tan bien conoce usted el Código, dígame usted cuál es la pena infamante designada para el depositario infiel...

SIMON.

Más bajo, señor Coronado, más bajo...

TEODORO.

Para el que teniendo en su poder, á título de depósito, el último resto de un cuantioso caudal, que un pobre padre le legaba á sus hijos, no ha dado ningun paso para buscar á los que sabia ser huérfanos y desgraciados; al que, encontrándose con Teodoro y Carlota Coronado, ha guardado con ellos un silencio

criminal, infame, confiado en que el fuego habia destruido la prueba de su deslealtad. Pero existe un indicio...

SIMON.

Un indicio?

TEODORO. (Enseñándole el papel medio quemado.)

Conoce usted esta letra?... Vamos, corramos ambos, si usted se atreve, á llamar en nuestra ayuda esa ley, que Dios y los hombres han hecho igual para todos.

SIMON. (Despues de una pausa.)

Mañana tendrá usted su dinero.

TEODORO.

No es dinero lo que le pido á usted. Si yo puedo echar á presidio á Simon Robira, Simon Robira puede infamar á un general, modelo de virtudes. Honra por honra: estos documentos son inseparables, y ambos serán quemados, ó ambos irán á poder de la justicia.

SIMON. (Vivamente.)

Destruyámoslos.

TEODORO.

Antes me va usted á entregar los dos pagarés, firmados por el conde de la Espesura.

SIMON.

Pero...

TEODORO.

Su hijo reconoce la deuda, y usted tiene además otros documentos de garantía. No transijo sino á ese precio.

SIMON.

Señor Coronado!...

TEODORO. (Con firmeza.)

Repito que no transijo sino á ese precio.

SIMON. (Dudando aun.)

Y el jóven me pagará?

TEODORO.

Sin duda.

SIMON. (Entregándole lo que dice.)

Ahí están los dos pagarés. En cuanto á los ochenta mil reales, que le debo á usted... (Suspira.)

TEODORO.

Esa tardía restitucion podria hacer que se sospechase la ver-

dad... (Despues de quemar todos los papeles.) Ya no me debe usted nada... dará usted, si quiere, ese dinero en dote á su hijo... á su hijo, que dentro de ocho dias será marido de mi hermana. (Abre la puerta en segundo término de la izquierda, se asoma á ella y figura llamar.)

SIMON. (Aparte.)

Demonio de hombre!... me ha dado un susto!...

ESCENA III.

DICHOS.—LUIS.—CARLOTA.—BEATRIZ.

TEODORO.

Ven, hermana... vengan ustedes, amigos mios, y oirán al señor Simon proclamar á Carlota inocente y llamarla su hija.

SIMON.

Sí, hija mia... habiamos sospechado de tí con mucha injusticia; pero ya estoy completamente desengañado, ya sé la verdad.

(Se oye dentro llamar á una puerta.)

BEATRIZ.

Llaman á la puerta del patio.

LUIS.

Quién puede venir tan tarde?

BEATRIZ. (Asomada á la ventana.)

Blas está abriendo... Calla! es el guarda de campo... Qué nos querrá?

SIMON.

Seguramente es extraña su venida á esta hora.

LUIS. (Mirando por la segunda puerta de la izquierda.)

Ya viene Blas, y nos dirá qué hay.

ESCENA IV.

DICHOS.—BLAS.—Mozos de labranza.

BLAS.

Ay, señor Luis!... ay, señora Beatriz!...

BEATRIZ.

Qué tienes?... Estás amarillo, como la cera!

BLAS.

El que ha llamado es el guarda de campo, y va despertando á todo el mundo.

TODOS.

Por qué?

BLAS.

Porque dice que nadie debe dormir esta noche... Parece ser que están tocando á rebato en todos los pueblos de la comarca, en razon de que el Guadalquivir sigue subiendo y á que aseguran haberse llevado la barca de Cantillana.

TODOS.

Dios mio!

BLAS.

Se envia gente á todas partes, á fin de que estén prevenidos cuantos vivan en la ribera.

SIMON.

Esto parece sério.

LUIS.

Sucede lo que habia previsto...: pero si el peligro arrecia, redoblaremos nuestra energía y nuestros esfuerzos. Mujer, que enciendan hachones. (Beatriz se va por el fondo con algunos mozos, y él añade, dirigiéndose á otro de ellos.) Tú vuela al pueblo, dispierta á los trabajadores y vete con ellos al dique, donde os espero.

(Váse el mozo por el fondo, corriendo.)

TEODORO.

Le acompañaré á usted. (Aparte.) Pero ántes corro en busca del Vizconde, pues me espera, y voy á devolverle más que la vida.

LUIS. (Que durante el aparte se ha quitado la chaqueta.)

Bien: venga usted, porque dará buen ejemplo y tendremos dos brazos más.

TEODORO.

Cuente usted conmigo. (Váse corriendo por el fondo.)

(Beatriz sale por el fondo seguida de los mozos que la acompañaron, los que traen hachas de viento encendidas.)

BEATRIZ.

Ya están los hachones.

LUIS.

Pues vamos.

BEATRIZ.

Tú, Carlota, quédate aquí con mi cuñado.

CARLOTA. (Pensativa.)

Yo...

SIMON.

No, no... quiero ver lo que sucede. Voy contigo, Luis. (A algunos mozos.) Pero antes seguidme vosotros. (Señalando á la primera puerta de la izquierda.) En este cuarto he visto palas, hazadas y cuerdas de deshecho, que ahora pueden ser útiles.

LUIS. (A Simon y á los que se van con él.)

Daos prisa, hijos, daos prisa. (Váse Simón con algunos de los mozos.) Al dique nosotros.

(Luis, Beatriz y los mozos se van por el fondo; Blas va á seguirlos; pero Carlota le detiene.)

ESCENA V.

CARLOTA.—BLAS.

CARLOTA.

Amigo Blas, dígame usted todo lo que sepa. No le han contado á usted nada de la Algaba?... Corren allí mayor peligro que aquí?

BLAS.

Ya lo creo... como que están más en el valle que nosotros, y el guarda de campo dice que fué el primer pueblo que empezó á tocar á rebato.

CARLOTA.

Dios mio!

BLAS.

Pero no se trata ahora de la Algaba, sinó de nosotros, que en estos momentos cada uno cuida de sí mismo. (Váse corriendo.)

CARLOTA.

Es verdad: cada uno cuidará de sí propio, y dejarán perecer á mi hijo... Al lado suyo está mi sitio... Dios mio, tened piedad de mí!... dadme fuerza para llegar hasta el hijo de mis entrañas!... que le salve, Dios mio, ó que perezca con él! (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

SIMON.—Mozos de labranza.—Despues BEATRIZ.

SIMON. (Saliendo con los mozos, que vuelven cargados con lo que antes nombró.) Corramos á reunirnos con mi hermano. (A Beatriz, que sale por el fondo agitada, mientras los mozos se van.) Se sabe algo más?

BEATRIZ.

Desgracias y mas desgracias... Merced á nuestro dique, que resiste todavía, el agua no ha podido llegar hasta nosotros; pero todo lo derriba, todo lo destruye en el valle... Una infeliz familia, que dormia, no ha podido salir de su casa, y aunque todos gritaban: «pobrecitos! van á perecer!» no habia quien les diese socorro; pero se cuenta que al saberlo el Vizconde, se ha metido solo en una lancha y se ha lanzado al torrente. «Que vá usted á perecer!» han exclamado los que le veian, y él, respondiendo que de ese modo su muerte será útil á lo menos, ha desaparecido. No es verdad que esta accion es muy hermosa?

SIMON.

Seguramente. (Aparte.) Qué demonio de mozo!... Pues estoy bien, si se ahoga!... (Alto.) Llegará la inundacion á la casa del guarda?

BEATRIZ.

Ese casucho está en el cerro de los Morales, y si el agua subiese hasta allí, pobres de nosotros!... Pero donde habrá ido Carlota?... Me han dicho que ha salido del cortijo... Pobrecilla! tendrá tanto cuidado como yo por Leon.

SIMON.

Por Leon?... Es verdad... está fuera... Pero Jerena se halla en la sierra, y no puede haberse anegado el camino que conduce á ella hasta el punto en que debia encontrarse mi hijo cuando empezó el desbordamiento... No es verdad?... Sí, sí... Leon debe encontrarse en paraje seguro.

(Mientras ha dicho Simon estas últimas palabras, Luis ha entrado consternado y pálido, se ha detenido junto á la puerta del fondo y ha dejado caer una hazada, que traia en la mano. Varios trabajadores han salido con él, herido uno de ellos.)

ESCENA VII.

SIMON.— BEATRIZ.—LUIS.—Trabajadores.

LUIS.

Dios mio! arrebatado por el agua!...

BEATRIZ.

Qué tienes, Luis?

LUIS.

Leon!...

BEATRIZ.

Qué le sucede?

LUIS.

Tal vez ha muerto!

BEATRIZ.

Jesus!

SIMON. (Que ha estado distraido.)

Quien ha muerto? (Luis, que repara en su hermano, le hace señas á Beatriz para que calle. Simon añade, despues de mirar á todos.) Por qué no me respondeis?... Quién es el que ha muerto?... el Vizconde?... (Señal negativa de Luis.) El no?... pues quién?

LUIS.

La inundacion es horrorosa... todo se lo lleva por delante: árboles, casas... y hemos visto pasar al pie del dique un carro roto, al que estaba enganchado un caballo tordo.

SIMON.

Pero ese carro y ese caballo no son tuyos, porque Leon se ha llevado tu... Por qué volveis la cabeza?... Por qué lloras, Beatriz?

BEATRIZ. (Sollozando.)

Simon, Dios no habrá querido darnos un pesar tan grande, no será el carro en que iba tu hijo.....

SIMON.

El carro en que iba mi hijo!... Oh! tienes razon, Beatriz... es posible... Pero corramos... hay que salvarle... sí... se le podrá salvar... (A los trabajadores.) No os detengais... al que me traiga al hijo de mi alma, le daré cuanto poseo... todo... y soy rico...

TRABAJADORES.

Rico!

LEON. (Dentro.)

Carlota!... padre!

SIMON.

Ah!... no estoy loco, no es verdad?... es su voz!...

LEON. (Dentro.)

Padre!

TODOS.

El es!

ESCENA VIII.

DICHOS.—LEON.—Aldeanos.—Luego BLAS.

LEON. (Corriendo á los brazos de su padre.)

Padre!

TODOS.

Se ha salvado!

SIMON. (Abrazando á Leon.)

Eres tú?... no me engaña el deseo?... Leon mio!... hijo adorado!...

LEON.

Padre del alma!... Queridos tios!... Amigos!...

SIMON.

Abrázame otra vez, pobre Leon!... (Aparte y llorando.) No creia quererle tanto!

LEON.

Por un milagro me vuelven ustedes á ver.

LUIS y BEATRIZ.

Habla.

LEON.

Naturalmente al salir de aquí tomé el camino de Jerena. Habria andado como una legua, cuando el ruido de las campanas, que tocaban á rebato, me hizo conocer que el rio se habia salido de madre, y calculando que debian ustedes correr peligro, resolví volverme, y así lo hice; pero á poco el agua me cierra de pronto el paso, y continúo avanzando, sin embargo, apesar de la oscuridad, que apenas me dejaba distinguir el improvisa-

do mar en que me engolfaba. La yegua lucha algun tiempo con la corriente, que la arrastraba; mas pronto le faltan las fuerzas... procuro en vano sostenerla... cae. Entonces abandono el carro y empiezo á nadar... La distancia que tenia que atravesar era enorme... estaba rendido... iba á morir, cuando de repente una mano vigorosa me agarra, me levanta, y yo pierdo el conocimiento... Al volver en mí, me ví en una lancha... estaba salvado.

SIMON.

Y quién era tu salvador?

LEON.

El señor Vizconde.

TODOS.

El Vizconde!

SIMON.

El!.. Buen muchacho!.. (Aparte.) Oh! le daré... tiempo... para pagarme.... todo el tiempo que me pida.

(Se oyen gritos dentro, y despues suena una campana, que á lo lejos toca á rebato.)

BEATRIZ.

Ois esos gritos?

LUIS.

Son de desesperacion.

BLAS. (Dejándose ver en la puerta del fondo y dando muestras de terror.) Señor Luis!... un dique acaba de caer!

LUIS.

Pero no es el mio?

BLAS.

No señor... resiste aun... aunque el agua no cesa de subir... nga usted... venga usted pronto.

LUIS.

Las fuerzas y la voluntad me faltaban hace un momento; pero ora, que el cielo te ha vuelto á nuestros brazos, Leon, luché hasta el último instante. Vamos, amigos al trabajo, y Dios ayude.

(Váse por el fondo con Blas y los trabajadores; Leon quiere seguirlos; pero Beatriz le detiene.)

ESCENA IX.

SIMON.—BEATRIZ.—LEON.

LEON.

Déjeme usted, tia, déjeme usted que vaya con ellos.

BEATRIZ.

Pues si apenas puedes tenerte en pie.

LEON.

Qué importa?... Dígame usted, tia: en dónde está Carlota?

BEATRIZ.

No sé... ha salido del cortijo... sin duda habrá ido al cerro de los Morales, por si te descubria.

LEON.

Al cerro de los Morales?... Si el agua llega allí!...

SIMON.

Qué dices?... Es imposible... ni aun en la inundacion de 1796 subió el agua hasta esa altura.

LEON.

Pues, por lo que he visto, ahora debe alcanzar á la casa del guarda.

SIMON. (Aparte.)

Dios mio!.. estoy arruinado!.. (Cae abrumado de pena en una silla.)

LEON.

Si Carlota ha salido, es para ir á la Algaba, y corro allá.

BEATRIZ.

A la Algaba?

LEON.

Sí, tia: allí está el peligro, allí está nuestro hijo, allí está Carlota. (Váse desatinado por el fondo.)

BEATRIZ.

Leon!.. Leon!.. (Váse, siguiéndole.)

(Sigue sonando el toque de rebato. Simon, embebido en su pesar, no ha oido lo que han hablado junto á él.)

ESCENA X.

SIMON solo.

Dios mio!.. son demasiados golpes á la vez!.. Pierdo la cabeza!.. No... he oido bien: ha dicho que el agua llega hasta la casa del guarda... y el agua va á arrebatarme mis riquezas!.. (Levantándose.) Pero iré á disputárselas... nada podrá detenerme... Correré... nadaré... me arrastraré hasta allí... Oh! sí: salvaré mi tesoro! (Váse corriendo.)

(Cae el telon.)

ACTO CUARTO.

EL DIQUE.

Un dique atraviesa el escenario. En el fondo se descubre el Guadalquivir. A la izquierda, en segundo término, la entrada de una casa, encima de cuya puerta hay un farol encendido. A la derecha, en primer término, otra casita con ventana, en la que arde tambien un farol.

ESCENA PRIMERA.

LUIS.—Trabajadores.—Aldeanos.—Aldeanas.—Niños.

(Es de noche, y la escena está alumbrada por teas y hachones, unos clavados en el suelo y otros sostenidos por mujeres. Al levantarse el telon, trabajan con ardor todos. Muchos hombres, escalonados en la escarpa del dique, rivalizan en celo para terminar la obra. Unos colocan piedras, otros sacos de arena, otros faginas, etc. Mujeres y niños les traen estos materiales en carretillas. Luis está en la escarpa, en medio de sus trabajadores. Cuadro muy animado.)

ESCENA II.

DICHOS.—BEATRIZ.

LUIS.

No desmayeis, amigos, que Dios querrá protejernos! (Baja del dique y se adelanta hasta el proscenio.)

BEATRIZ. (Saliendo apresuradamente por la izquierda.)

Ocurre algo nuevo, Luis?

LUIS.

No. Aun confío en que el dique resistirá; pero no sucederá lo mismo con el puente de ese arroyo, (Señalando á la derecha.) que se ha convertido en torrente.

BEATRIZ.

Qué noche de desgracias, Dios mio!... Y en tales momentos hallarnos separados unos de otros!... Leon, Teodoro, Carlota... todos nos han abandonado... hasta tu hermano... Si los volveremos á ver?

LUIS.

No perdamos la esperanza, Beatríz, de salir con bien... (Sube al dique.) Tomás, dame la sonda, veré si el agua sube más aprisa que la obra.

(Le dan lo que ha pedido, y Luis sondea. Todos suspenden el trabajo. Momento de silencio.)

BEATRIZ.

Vamos, habla.

LUIS.

En una media hora nos ha ganado dos pies.

TODOS.

Dos pies!

LUIS.

Continuemos, continuemos trabajando, hijos mios.

BEATRIZ (Mirando á la izquierda.)

Mira, Luis: todos, abandonan sus casas, para ganar las alturas.

(Se ven salir por la primera caja de la izquierda dos mujeres con fardos, y un labrador, que tira de una carreta, cargada de muebles; y detrás llegan otros hombres, cargados con fardos ó muebles, y mujeres con niños en los brazos. Todos se dirigen hácia la derecha.)

ESCENA III.

DICHOS.—Labradores.—Labradoras.

LUIS. (Desde lo alto del dique.)

A donde vais?

UN LABRADOR. (Arrastrando la carreta.)

Al cerro de los Morales. No ves que estamos perdidos?

LUIS.

Y por donde vais á pasar? Quién se atreverá á poner el pie en el puente del arroyo, cuyas tablas crujen todas?... No os da vergüenza huir, cuando nosotros trabajamos en vuestro provecho, arrostrando el peligro?... Tambien yo tengo muebles... carretas... ganado... la cosecha en los graneros... todo lo perderé tal vez; pero me quedo aquí, porque mi deber es ese... porque todo buen ciudadano está obligado á sacrificarse por el bien comun... Vamos, vecinos, tened ánimo!... Dejad esos efectos, y venid al dique, venid á trabajar, y hágase la voluntad de Dios!

UN LABRADOR. (Retrocediendo con la carreta.)

Tiene razon. Mujer, hijos, á trabajar en en el dique!

LUIS. (Mirando adentro desde lo alto.)

Una lancha viene hácia aquí.

TODOS.

Una lancha!

(Se oyen gritos dentro, que piden socorro.)

Es la de Juan... y llama, pide socorro... Echémosle una amarra.

(Tiran una cuerda.)

TEODORO. (Dentro.)

Socorro!... socorro!...

BEATRIZ.

Es la voz de Teodoro!

LUIS.

Sí... es él... Ha tomado la amarra... Tranquilízate, que se acerca... Aquí está.

(Una lancha aparece detrás del dique, á la izquierda, y en ella sostienen al Vizconde, que está desmayado, Teodoro y Juan.)

ESCENA IV.

DICHOS.—TEODORO.—EL VIZCONDE.—JUAN.—Despues BLAS.

TEODORO.

Ayudadnos, amigos.

LUIS.

Un herido!

TODOS.

Un herido!

(Tienden un colchon en el proscenio y echan en él al Vizconde.)

LUIS. (Conociendo al herido.)

El Vizconde!

BEATRIZ. (Arrodillada á su lado.)

Pobre jóven!... qué pálido está!

TEODORO.

Despues de salvar á diez infelices, que arrastraba la inundacion, cosuitando el Vizconde más bien con su valor que con sus fuerzas, se habia lanzado nadando á devolver una jóven á su madre... pero suspendido en la rama de un árbol, á que su debilidad le obligó á asirse, iba á perecer con la que habia intentado sacar del agua, cuando Juan y yo logramos llegar hasta él. Quiera Dios que no haya sido tarde!

JUAN. (Sosteniendo la cabeza del Vizconde.)

Mucho me lo temo...

BEATRIZ. (Poniéndole la mano en el pecho.)

Su corazon late aun.

TEODORO.

Abre los ojos.

VIZCONDE.

En dónde estoy?

TEODORO.

Rodeado de amigos.

VIZCONDE.

Esta voz... Ah! es usted, Teodoro?

TEODORO.

Yo soy, que he cumplido mi palabra. (Las personas que los rodean se separan á una seña suya, y él añade, inclinándose sobre el Vizconde:) Los pagarés, en que aparecia el nombre de su padre de usted, no existen, han sido quemados, y nadie sabrá jamás...

VIZCONDE. (Incorporándose.)

Gracias... Debia haber una expiacion .. y ya llega!... Teodoro, dígale usted á mi padre que mi buena muerte ha redimido mi mala vida... Ay de mí!... (Cae en el colchon.)

TEODORO.

Infeliz!... ha muerto!

LUIS. (Acercándose.)

Ha muerto!... Dios mio!... él, que salvó á mi amado sobrino!... Pobre jóven!... (Se descubre, y todos le imitan.—Señalando á la casa

de la izquierda.) Llevad su cuerpo á esa casa, y que Dios haya recibido su alma.

(Algunos trabajadores se llevan al Vizconde.)

TEODORO. (Que ha seguido al cuerpo hasta la puerta de la casa.)

Noble y santa expiacion!

LUIS.

Otra víctima de esta noche terrible!

BEATRIZ.

Si lo serán tambien á esta hora Leon y Carlota?

TEODORO.

Carlota?... No está en el cortijo?

BEATRIZ.

Ay! no!... Está en la Algaba... la pobre madre ha acudido al socorro de su hijo.

TEODORO.

La Algaba dista de aquí una media legua: no es verdad?

BEATRIZ.

Sí.

TEODORO.

Pues voy allá.

LUIS. (Deteniéndole.)

Ya ha ido Leon, y ni á él, ni á Carlota, los hemos visto volver.

TEODORO.

Razon más para que no me detenga.

LUIS.

Pero hay que pasar el arroyo, que ahora es un torrente, por un puente de madera, que por instantes amenaza hundirse... Cómo lo ha de atravesar usted?

TEODORO.

Por ese puente, ó á nado. (Váse precipitadamente por la derecha.)

LUIS.

No! no!

BEATRIZ.

Deténgase usted, Teodoro!

LUIS.

Va usted á perecer inútilmente!

BEATRIZ.

No nos oye.

(Se oye el ruido, que produce el puente al hundirse.—Luis corre á lo alto del dique.)

TODOS. (Gritando.)

Ah!

LUIS. (Mirando hácia la derecha.)

El puente se ha hundido... pero Teodoro, como buen marino, no se ha intimidado... nada... lucha con la corriente... Bendito sea Dios! ha logrado llegar á la orilla opuesta.

(El toque de rebato se oye á la izquierda.)

BEATRIZ.

Indicará esa campana otra desgracia?

LUIS.

El dique resiste aun.

(Se oyen gritos á la izquierda, y Blas sale corriendo por el mismo lado.)

BLAS.

Señor amo! señor amo!... el dique se ha roto allá abajo!

LUIS.

Dios mio!... (Todos los trabajadores sueltan las herramientas y bajan á la escena.—Luis se queda solo en el dique.) Amigos, cuanto más acrece el peligro, mayor debe ser nuestro esfuerzo!... Rezad, mujeres, y nosotros luchemos, hijos mios, luchemos hasta el último momento!

BEATRIZ. (Mirando hácia la izquierda.)

Todo es en vano! la inundacion llega!

TODOS. (Con terror.)

La inundacion!

(Varios aldeanos salen corriendo por la izquierda, gritando: la inundacion! la inundacion!—Tumulto, desórden.—Todos se dirigen al fondo.—La parte superior del dique cae, y el agua salta por encima.—Un grito supremo resuena; cada hombre agarra á su mujer; cada mujer ase á su hijo, y todos buscan un punto elevado, donde guarecerse del torrente, que se adelanta. Beatriz está al lado de Luis, quien de pie sobre el dique, la estrecha en sus brazos.)

(Cae el telon.)

ACTO QUINTO.

EL TESORO.

La casa del guarda.—Sala ruinosa del piso principal.—A la derecha, pando frente á los espectadores, puerta, que se abre sobre la meseta de una escalera, por la que se sube al granero y de la que se ven los primeros escalones, suponiéndose otros que conducen al piso bajo.—Ancha ventana en el fondo, cuyos postigos están rotos.—A la izquierda, tambien de frente al público, un armario, cuyo fondo se abre y descubre una especie de nicho en la pared.—Está amaneciendo, y hasta el fin de la escena cuarta se oye silbar el viento y caér la lluvia.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, solo, que sale precipitadamente, pálido y jadeando.

Cuánto he tenido que rodear! Cuánto he pasado para venir aquí!.. Pero al fin he llegado... Qué noche!.. Ya está amaneciendo, por fin... No perdamos tiempo... Llevaré mi preciosa caja al cortijo, donde debe estar segura, pues no dudo que el dique de Luis resistirá... (Señalando al armario.) Aquí, en la pared, detrás de este armario, se halla mi tesoro... Carguemos con él, porque el peligro me ha devuelto toda la fuerza de mi juventud... (Abre el armario.) Adorado dinero mio, no temas, que te salvaré!

(Toca á un resorte, y el fondo del armario se abre, descubriendo una profunda cavidad en la pared. Simon desaparece en ella, y al mismo tiempo sale Carlota, andando con trabajo y trayendo un niño en brazos, tapado con su manton).

ESCENA II.

CARLOTA.—SIMON oculto.

CARLOTA.

Bendito seais, Dios mio, que me habeis dado fuerzas para llegar hasta aquí!... Tambien sois vos quien me ha inspirado la idea de ir á la Algaba, pues cuando llegaba á ella, todos huian, y tal vez hubieran abandonado á mi pobre niño... Cuando he querido volver al cortijo, el camino estaba inundado... Perdonadme, Señor, si por un momento dudé de vuestra misericordia, si creí que abandonábais á la infeliz madre... Pero no, que habeis guiado sus pasos hácia este asilo... (Se oye ruido detrás del armario.) No estoy sola aquí... sin duda algun desgraciado, perseguido como yo por la inundacion, habrá venido tambien á refugiarse en esta casucha.

SIMON. (Presentándose en la puerta del armario y arrastrando una caja.) No creia que esta caja pesase tanto.

CARLOTA.

El señor Simon!

SIMON.

Gente aquí!..(Ocultando la caja con su cuerpo.) Es Carlota!.. Qué vienes á hacer en este sitio?.. Me has seguido, para espiarme?

CARLOTA.

Yo!..

SIMON.

Estabas aquí cuando he llegado?.. Me has visto?...

CARLOTA.

Acabo de entrar, buscando asilo para mi hijo, y no sabia...

SIMON. (Tranquilizándose.)

Para tu hijo?.. Ya!.. (Aparte.) Debe decir verdad... No sabe nada... Pero es preciso que se vaya... Delante de ella no puedo... Oh! no!.. me venderia... (Alto.) Ese niño no estará en completa seguridad sino en el cortijo, y debes llevártelo allá sin perder un momento.

CARLOTA.

Que lo lleve al cortijo?... Si no es posible ahora...

SIMON.

Sí tal, rodeando. Pues no he venido yo desde allí?... Toma por el encinar, por la haza alta y por el nogal grande. Te señalaré el camino desde la ventana.

CARLOTA.

Lo sé, y si estuviese sola, nada me detendría, porque mi hermano y las personas á quien más estimo se hallan en el cortijo, y en él tal vez me darán alguna noticia de Leon.

SIMON.

Leon ha vuelto.

CARLOTA.

Ah!...

SIMON.

Y te espera con inquietud.

CARLOTA.

Oh! si dudo en ir, no es porque por mí tenga ningun temor...

SIMON.

Si no te vé pronto, te creerá ahogada; y como te ama tanto, puede serle fatal tu tardanza. Conque corre á abrazar á tu marido.

CARLOTA.

A mi marido!

SIMON.

Sí: he consentido en vuestro casamiento. Vamos... vé, vé volando.

CARLOTA.

Voy, pues. (Se dirige á la puerta y empieza á bajar la escalera.)

SIMON.

Gracias á Dios!...

CARLOTA. (Volviendo á subir aterrada.)

Jesús!

SIMON.

Qué es eso?

CARLOTA.

El agua está en la casa!... es imposible bajar!

SIMON.

Dios mio!

CARLOTA.

Estamos perdidos!

SIMON. (Corriendo á asomarse á la escalera.)

Perdidos?... (Volviendo.) Sí! perdidos!

CARLOTA. (Cayendo de rodillas á la derecha.)

Mi hijo! mi hijo!...

SIMON.

(Aparte, con desesperacion y arrodillándose en la izquierda, junto á la caja, que abraza.) Mi tesoro!... mi tesoro!... (Alto.) Vamos, mujer, valor!... Esos pocos escalones conducen al granero... eres jóven y tienes buena vista... sube á ver si descubres una lancha á lo lejos... y llama... ágita tu manton... Dáte prisa. (Carlota sube corriendo la escalera.) No nos abandonarán... no nos dejarán morir aquí... (Se acerca á la ventana, abre los postigos, y una ráfaga de viento cierra la puerta.) El agua va subiendo, y nadie acudirá á salvarnos!... (Saca el cuerpo fuera de la ventana. Momento de silencio.) Ah! una lancha!... sí!... es la de Juan!... Acá, Juan!... acá!... acá!... Me ha oido!... dirige hácia aquí la proa!... ya llega.

(Por la ventana, y á la altura de la ella, se vé una lancha llena de gente, que se detiene.)

ESCENA III.

SIMON, en la ventana.—JUAN, BLAS y varios aldeanos en la lancha.

BLAS.

Es el señor Simon.

SIMON.

Sálvame, Juan! sálvame!

JUAN.

La lancha está ya llena...

SIMON.

Pero no puedes dejarme aquí... sería una iniquidad.

JUAN.

Es cierto. Vamos, dése usted prisa á meterse en la lancha, que no puedo detenerla en este sitio.

SIMON. (Arrastrando la caja hasta la ventana.)

Toma esta caja primero.

JUAN.

No, por cierto... nada de muebles... entre usted solo.

SIMON.

No me separo de esta caja... tómala, ó déjame aquí.

JUAN.

No perdamos tiempo, que el huracan arrécia, y ya sabe usted que la lancha está en mal estado. Pesa eso mucho?...

SIMON.

No... no... Mira: yo solo la levanto.

(Haciendo un grande esfuerzo, levanta la caja y se la entrega á Blas, quien la coloca en la lancha.)

JUAN.

Venga usted. (Ayuda á saltar en la lancha á Simon.—A Blas.) Desata la amarra.

SIMON. (De pie en la lancha.)

Esperad... esperad, que aun hay gente...

JUAN. (Sin oirle.)

Quiere usted que la casa se nos caiga encima?... La veo retemblar... A los remos!

SIMON.

No! no!...

(Sin oir á Simon, Juan y Blas agarran los remos y hacen que parta la lancha. Al mismo tiempo se oye la voz de Carlota y se vé agitarse la puerta.)

ESCENA IV.

CARLOTA, sola.

Señor Simon!... señor Simon!... abra usted!... (La puerta cede, y Carlota sale con el cabello en desórden, la ropa descompuesta y apretando al niño contra su pecho.) Es Juan: he conocido su voz... (Mirando en torno suyo.) No hay nadie!... (Asomándose á la ventana.) La lancha se aleja... se aleja sin mí!... sin mi hijo!... Juan! Juan!... vuelve!... abandóname, si es preciso; pero salva á este niño!... sálvale!... No me oyen!... y el viento es cada vez más fuerte!... y me ha parecido que el suelo temblaba!... Sí, estas paredes van á desplomarse sobre nuestras cabezas!... (Una ráfaga mas fuerte arranca los postigos de la ventana.) Piedad, Dios mio, piedad!...

(Va á echarse desatinada en los escalones que conducen al granero, y en seguida las paredes caen en derredor de ella; el agua levanta la escalera, y convertida en balsa, desaparece por la derecha, arrastrada por la corriente, llevándose á Carlota

y al niño. Al verificarse el hundimiento, aparece todo el escenario cubierto de agua, descubriéndose sobre ella algunas copas de árboles y techos de casas.)

ESCENA V.

Aldeanos.—Aldeanas.—Niños.

(Se oyen por todas partes gritos de alarma, y se ven muebles y cadáveres, que arrastra la corriente, y personas, que procuran salvarse nadando. En el techo de una casa, en la tercer caja de la izquierda, y sobre la copa de una encina, en el segundo bastidor de la derecha, hay hombres y mujeres, que piden auxilio. Una lancha, ya muy llena de gente, pasa por cerca de la casa, y todos los que se encuentran en el techo se arrojan á ella. La lancha se dirije á la encina; pero demasiado cargada, se hunde y desaparece. A los gritos de desesperacion sigue un silencio de muerte, oyéndose solo el toque de rebato, que suena á lo lejos.)

ESCENA VI.

SIMON.—JUAN.—BLAS.—Aldeanos.

(Salen en una lancha, que viene de la izquierda por la segunda caja y recoje á los hombres, que se habian quedado en el techo.)

SIMON. (Mirando hácia la derecha.)

Te digo que es ella, Juan, que es Carlota, y es preciso rejerla.

JUAN.

Lo deseo con toda mi alma; pero ya ve usted que no puedo gobernar la lancha, que está demasiado cargada, y nunca llegamos al cerro.

BLAS.

Tira al agua esa caja, que pesa más que dos hombres.

SIMON.

Cómo! tirar al agua esta caja!... No lo consentiré! Encierra lo que más amo!

JUAN.

Lo que más se ama es la vida, y ella es primero que todo. Al agua la caja!

BLAS.

Al agua!

TODOS.

Al agua!

SIMON.

No! no!... matadme antes!... no!... no, por Dios!

(Apesar de los gritos y esfuerzos de Simon, á quien sujetan los aldeanos, Juan y Blas levantan la caja y la arrojan fuera de la lancha. Simon se desprende de los que le detienen y quiere tirarse al agua, tras su tesoro.)

SIMON.

Ah!... me han perdido!... me han arruinado!

(Cae desmayado en los brazos de Blas. En este momento sale Carlota en la balsa por la última caja de la derecha, agitando el manton y pidiendo socorro, y al mismo tiempo aparece una lancha por la última caja de la izquierda, con Luis, Leon, Teodoro y Beatriz.)

ESCENA VII.

DICHOS.—CARLOTA.—BEATRIZ.—LUIS.—LEON.—TEODORO

CARLOTA.

Leon! Leon! salva á tu hijo!

LEON.

Carlota ¡con mi hijo!

LUIS y BEATRIZ.

Carlota!

TEODORO.

Mi hermana!

(Leon y Teodoro ayudan á Carlota á entrar en la lancha.)

TODOS.

Se ha salvado!

JUAN.

Señor Luis, su hermano de usted está aquí.

LEON.

Mi padre!

LUIS.

Gracias, Señor, que has salvado á cuantos amo, y solo has querido que perezcan mis bienes!

BEATRIZ.

Pero vamos á quedar arruinados!... Quién nos amparará?

LUIS.

Quién?... Dios!

TEODORO.

Y la España!

FIN DEL DRAMA.

La propiedad de este drama pertenece al editor, que perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su consentimiento.

Los corresponsales y agentes de la Direccion Escénica son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ERRATAS IMPORTANTES.

PÁGS.	LÍNS.	DICE.	LÉASE.
16	18	cortijo abierta	cortijo, abierto.
32	3	mas	menos.

ADVERTENCIAS.

Esta comedia fué propiedad del *nuevo Editor del teat moderno español y moderno estrangero*, **don Ignac Boix**, quien las vendió por medio de escritura pública al *la Biblioteca dramática*, **don Vicente de Lalan** actual encargado de cobrar los derechos de representacio tanto en provincias como en Ultramar, con arreglo *á la de 10 de junio de 1847 sobre propiedad literaria*, y al *creto orgánico sobre Teatros*. Hacemos esta aclaracion, p que aun cuando se vean circular varias ediciones de un mis titulo, se tenga entendido, que son propiedad del *Editor la Biblioteca*, y no se confundan con algunas otras que sultan iguales en *la Galería dramática de los señores D gado Hermanos*, pues de estos casos escepcionales, ya t nen conocimiento los señores comisionados en provincia.

Los precios, tanto en Madrid como en el resto de la P nínsula, son á **cuatro reales** las de un acto; **cin reales** las de dos actos, y **seis reales** las de tres ó m actos, tanto originales como traducciones.

Los que deseen adquirirlas, se dirijirán á los Comision dos en Provincia, ó por medio de carta franca, *al Editor la Biblioteca dramática*, *Madrid*, incluyendo su importe una libranza sobre correos, ó bien todo su valor, y un r mas, en sellos de franqueo.

Se venden *en Madrid*, librería *de Perez*, *calle de Carretas*.